

*Traslados de población entre el Norte de África
y el sur de la Península Ibérica en los contextos
coloniales fenicio y púnico*

FERNANDO LÓPEZ PARDO
Universidad Complutense
JOSÉ SUÁREZ PADILLA
U.N.E.D.

RÉSUMÉ:

Les Carthaginois ont déplacé des populations libyens plus au moins puniciés vers le sud d'Espagne dans le cadre de sa présence hégémonique dans le territoire a partir de la seconde moitié du VI^e siècle av. J-C. Ont trouve des précédents dans la colonie phénicienne de Lixus, ou ont peut suivre les traces de population dépendant provenant de la côte de Malaga.

Desde el último tercio del siglo XIX (Meltzer, 1879; Schulten, 1928: 769-772) hasta iniciada la década de los 80, la imagen de Cartago y su relación con el Extremo Occidente ha sido prácticamente la misma: una potencia imperialista que ejerció un dominio hegemónico sobre las antiguas fundaciones fenicias de la Península Ibérica a través de un control militar efectivo, una política de colonización y el establecimiento de una red de intercambios dependiente, exactamente igual que en Sicilia y Cerdeña. Los pocos textos que se refieren al período prebárquida, pequeños segmentos de una historia de varios siglos, favorecieron una erudita reconstrucción que usaba como modelo el imperialismo romano. Tras una tímida puesta en cuestión a finales de los años 60, se ha realizado una exhaustiva revisión de dicho planteamiento a partir de una propuesta novedosa esbozada por C. R. Whittaker (1978; G. Wagner, 1983; 1984; 1984a; 1986; 1989; Barceló, 1988; López Castro, 1990; 1991; 1991a), en la que se enfatiza el carácter hegemónico de dicha presencia pero también la ausencia de un imperio territorial, sin duda porque el horizonte arqueológico que empezaba a vislumbrarse a través de los numerosos hallazgos realizados en

las costas andaluzas durante las últimas décadas era parcialmente distinto al coetáneo de Cartago, Cerdeña, la Sicilia púnica y de Ibiza, que por otra parte tampoco son idénticos entre sí.

Esta postura crítica respecto al modelo tradicional ha abierto una línea de trabajo que supone un auténtico reto para la investigación sobre el período histórico que se inaugura en el Extremo Occidente a mediados del siglo VI a.C. Como señala J. L. López Castro (1994: 528) «La investigación futura deberá ser encaminada a desarrollar y mejorar el modelo de relaciones entre Cartago y la Península Ibérica establecido en los 80, integrando la importante documentación arqueológica producida en los últimos 15 años». Es decir, el modelo sólo está apuntado, pues falta llenar de significados concretos el concepto de «hegemonía» y precisar como lo desarrolla la metrópoli centromediterránea en el sur de Iberia, un trabajo que se vislumbra largo y francamente laborioso.

A este respecto, muy recientemente M. Koch (2000: 162-177) ha realizado un nuevo y preciso análisis de la documentación textual referente a la intromisión cartaginesa, en especial de los tratados romano-cartagineses, apuntando una dinámica expansionista de Cartago en la Península desde la segunda mitad del siglo VI a.C. y la constitución de un auténtico dominio hegemónico a partir del siglo IV a.C. Concluye el investigador alemán: «Teniendo en cuenta todo esto, no se puede dudar que a partir del siglo VI el dominio de Cartago sobre Tarshish fue en aumento; las fuentes nunca hablan de una conquista territorial completa, sino de *control y dependencias...*».

Sin embargo, al socaire de la propuesta de los investigadores antes citados se ha generado un fenómeno de oscilación hacia el otro extremo del péndulo —a veces al amparo de la reacción antidifusionista que ha invadido en los dos últimos decenios la investigación sobre la protohistoria peninsular— concluyendo que la presencia cartaginesa fue meramente testimonial, cuando no inexistente antes de la presencia bárquida, valorando exclusivamente los contextos locales como motores de cambio. Se ha producido así la paradoja de caer insensiblemente en un cierto neodifusionismo al tener que explicar la afinidad cultural con Cartago detectada en numerosos yacimientos fenicios peninsulares entre los siglos VI y IV a.C. mediante una «irradiación cultural» de la emergente metrópoli, motivada, a lo sumo, por simples contactos comerciales¹.

¹ Curiosamente, se trata de un paradigma muy querido del difusionismo de la primera mitad del siglo XX.

Se elimina así cualquier atisbo de injerencia o de posición dominante de Cartago, produciéndose un deslizamiento hacia modelos «optimistas» que, por un lado, descargan de dramatismo el expansionismo cartaginés y por otro favorecen un supuesto de emancipación y auge económico de las ciudades fenicias occidentales. Este proceso sería una consecuencia de la caída de Tiro, con la conjetura implícita de que la desaparición del centro hace emerger las potencialidades de la periferia, como si el desarrollo de las urbes occidentales hubiera sido frenado o incluso impedido por la metrópoli oriental en la época más arcaica. A nuestro juicio, la realidad debió ser mucho más compleja y la intromisión de Cartago mucho más profunda que una simple relación comercial o la gestión de la política exterior de las ciudades fenicias, que es lo máximo que están dispuestos a suscribir los defensores de estos esquemas organizativos².

El proceso que se inaugura en la segunda mitad del siglo VI a.C. supera ampliamente la disposición por parte de Cartago de un monopolio comercial de los productos occidentales en el Mediterráneo y la gestión de la política exterior de las ciudades del Estrecho. Así lo apunta la lectura que podemos hacer de la documentación referida al ámbito atlántico, en especial de la costa africana, tanto del registro arqueológico (López Pardo 1991: 59-70) como de la información literaria (López Pardo, 2000: 61-82). Se aprecia un control hegemónico cartaginés de los asuntos referidos a la continuación del proceso colonizador en función de sus propios intereses, cuando una vez descubierta por los fenicios occidentales una isla en aguas del Atlántico, Cartago impide colonizarla, según una información recogida de Timeo por Diodoro (5, 19-20; López Pardo, 1999: 499-503). También tienen implicaciones institucionales relacionadas con la colonización y la

² El análisis inadecuado de los objetos conduce a ciertos «espejismos arqueológicos» difíciles de superar, así, ciertas diferencias formales en las cerámicas se han interpretado habitualmente como indicios de la independencia occidental frente a Cartago. A este respecto se han aportado como evidencia las producciones de ánforas Mañá-Pascual A4 en la región del Estrecho, pero curiosamente, también las islas de Cerdeña e Ibiza conservaron o desarrollaron formas propias, diferentes a las de Cartago y no por ello se utilizan como indicio en el mismo sentido para dichas islas (Cf. Ramón, 1995: 279-283). Muy ilustrativo puede ser lo que sucede en la etapa anterior: ni la extraordinaria escasez de cerámicas tirias en los yacimientos occidentales ni el hecho de que las ánforas fenicias de Occidente, las conocidas como R1, tengan marcadas diferencias con respecto a las orientales, las tipo Sagona, han permitido poner en cuestión la enorme dimensión de la colonización fenicia ni se sugiere la ruptura de los vínculos con Tiro en el siglo VIII a.C.

gestión del comercio atlántico los viajes de Hannón e Himilcón (López Pardo, 2000: 61-63 y 66). Por otra parte, es muy verosímil que se deba a Cartago la reocupación de la isla de Mogador en el siglo IV a.C. (López Pardo, 2000 a: 224-228).

Al parecer, en esta visión de Cartago alejada de los asuntos occidentales se ha considerado necesario limitar la cuestión de la emigración de libiofenicios a tierras peninsulares prácticamente a un carácter testimonial, cuando no residual y de época tardía, circunscrito al contexto de las Guerras Púnicas, proponiendo incluso que muchos de esos veteranos-colonos abandonaron el país tras el revés de Cartago. Por ello ha sido ineludible negar la validez de la información literaria en el marco de una peculiar corriente de hipercrítica textual, según la cual se pueden excluir aquellos datos que no encajan en la propia explicación, o bajar cronologías, o, en fin, dudar del rigor de algunos autores cuando los argumentos faltan. En este sentido, no deja de sorprender que una línea de la investigación haya decidido últimamente negar para Iberia lo que es aceptado como realidad para otras tierras con menos indicios.

Con todo, es incuestionable que algunos autores antiguos vieron como algo normal que Cartago instalara ciudadanos suyos y poblaciones llamadas «libiofenicias» fuera de Túnez con anterioridad a su enfrentamiento con Roma. Aristóteles (*Pol.* II, 11, 1273b, 19) insiste en que es una práctica repetida frecuentemente por los cartagineses. Según nos señala el Periplo de Hannón (1, *GGM.* I: 1) se organizó una formidable colonización en las costas comprendidas entre la Columna de *Abila* y *Lixus*. El controvertido documento, cuyo autor intenta hacer pasar por verídico al señalar que fue copiado de una inscripción grabada en la propia Cartago, no podía destacar una práctica inusitada, sino que debía ser un fenómeno plenamente acreditado. El Pseudoescymno (196, *GGM.* I, p. 203), tomándolo sin duda de Éforo (Cf. Desanges, 1962: 103 n. 3), autor del siglo IV a.C., también refleja, con un arcaísmo remarcable, esa política de Cartago de asentar poblaciones norteafricanas fuera del Continente, esta vez en la costa sur de la Península³, allí donde los «encuentra» Avieno (O.M. 422), que localiza a los libiofenicios junto a los masienos. Así pues, los textos que habitualmente más se han traído a colación sobre esta problemática son precisa-

³ Los trabajos más completos al respecto son los de J. L. López Castro (1992: 47-65) y A. J. Domínguez Monedero (1995: 223-239).

mente los que de forma explícita han señalado a los libiofenicios como población residente en la Península.

Sobre éstos no es fácil determinar su origen, su composición étnica ni su situación jurídica, aspectos que debieron ir cambiando con el tiempo en razón del intenso proceso colonizador. Sobre su etnicidad ni siquiera se puede afirmar siempre la existencia de un componente fenicio, así, por un lado, algunos investigadores los consideran libios aculturados, mientras, por el contrario A. Domínguez Monedero (1995: 223-239) propone la sugerente idea de que el nombre «libiofenicio» traduce en griego un término fenicio que significaría fenicio de Libya, igual que los griegos de Sicilia recibían otra denominación, o los del sur de Italia, etc. Diodoro (XX, 55, 4) al igual que Tito Livio (XXI, 22; XXV, 40) los define como una mezcla de púnicos y africanos. En cuanto a lo que se refiere al componente líbico, se trata, sin duda, de una alusión genérica griega que debió servir para denominar indiscriminadamente a los diferentes grupos étnicos que entraron en su composición, lo cual no quiere decir, evidentemente, que fueran un único pueblo, sobre todo teniendo en cuenta el trasiego de diferentes «naciones» líbicas en la pujante y duradera colonización púnica.

Otras veces son definidos por su condición jurídica, por gozar de una legislación parangonable a la cartaginesa. Así, para Diodoro (XX, 55, 4) estas poblaciones mixtas de las ciudades marítimas poseían la epigamia (una especie de *conubium*) con los cartagineses. Para Polibio (VII, 9, 3) son los dependientes de los cartagineses que se encuentran bajo las mismas leyes que ellos.

Sin embargo, también existe una atribución territorial concreta a los libiofenicios fuera de las ciudades costeras, algunas de las cuales, sin duda, fueron fundaciones de libiofenicios, aunque otras más antiguas debieron su mezcla a un proceso local de integración. Con estas características aparecen en la mención más antigua que conservamos, Hecateo (Fr. 354), a finales del siglo VI a.C. ya se refiere a ellos como habitantes de alguna ciudad próxima a Cartago (*THA, II a*: 150 n. 299). Al sur de la metrópoli, la asimilación púnica de los indígenas debió ser de tal calado que Estrabón (XVII, 3, 19) sitúa sus tierras en el litoral cartaginés y en las montañas de Getulia, de forma similar a como lo hace Ptolomeo (IV, 3, 6) que los ubica al sur de la región de Cartago y al norte de la *Buzakitis* (Desanges, 1962: 103). Plinio hace de ellos los habitantes de *Byzacium* (antes *Busatis* o *Buzakitis*) (V, 24).

En suma, bajo este término se esconde una realidad muy compleja, como no podía ser menos en tan dilatado proceso colonizador, sobre el cual tenemos sólo unos escasos apuntes.

Quizás, uno de los aspectos menos entendidos hasta ahora sobre esta cuestión sea el hecho de que Cartago pudiera realizar fundaciones y aportes poblacionales en Iberia, un territorio ampliamente colonizado, en un proceso que no fuera de conquista territorial. En nuestra opinión, seguramente el marco legal y consuetudinario que permitió a Cartago establecer factorías y colonias en Occidente debía ser muy similar al que ya existía entre Tiro y las ciudades fenicias occidentales, por lo tanto no debe ser percibido como una imposición hegemónica novedosa⁴. Este último sirvió de encuadre tanto para ubicar la intensa emigración oriental en los establecimientos ya existentes o en los nuevos que se fueron creando, así como para desarrollar empresas coloniales en el Atlántico. Aparentemente las fundaciones de Cartago no debieron diferenciarse de las que ya venía haciendo Tiro con anterioridad. Tampoco debió ser un fenómeno nuevo la incorporación de individuos no semitas, particularmente indígenas de zonas ya colonizadas. Los aportes de libiofenicios, entendidos como indígenas semitizados y poblaciones mixtas, tendrían su precedente en otros traslados de población realizados por Tiro en el Extremo Occidente.

En esta línea apunta la problemática del poblamiento de *Lixus* (en el estuario del Lucos, Marruecos). En los niveles de la primera mitad del siglo VIII a.C. de la ciudad fenicia ha aparecido un alto porcentaje de cerámica a mano (de un 63% inicial hasta un 33%) (Gómez Bellard y Habibi, 2001: 77-82) con formas propias del Bronce Final tardío del sur de la Península Ibérica (Belén *et alii*, 2001: 87-89 y 94)⁵, en especial cuencos

⁴ A ello habría que sumar el establecimiento de acuerdos concretos con las ciudades fenicias occidentales, que como sugiere Carlos G. Wagner (1986: 442) serían comparables a los que se hicieron con las ciudades etruscas (Aristóteles, Política, 1280 a 36).

⁵ Los autores, aunque reconocen el parecido del elenco cerámico a mano de la «Cata del Algarrobo» con el de los asentamientos tartésicos, sin embargo, consideran que toda la producción a mano hallada en *Lixus* es de fabricación fenicia local a la que se añaden algunas importaciones tartésicas. Sin embargo, por su parte C. Gómez Bellard y M. Habibi (2001: 77-82) no encuentran ningún parecido de estas cerámicas de *Lixus* con las cerámicas a mano fenicias de yacimientos coloniales como Morro de Mezquitilla, proponiendo dos hipótesis posibles: una fuerte vinculación de las poblaciones tingitanas con la cultura tartésica, con una cultura material de base relativamente parecida, o bien que los colonos

careados bruñidos (Belén *et alii*, 2001: fig. 4, 134; fig. 5, 187; fig. 7, 556; fig. 8, 355, 356) y vasos de perfil en S (Belén *et alii*, 2001: fig. 5, 148, 151, 154, 155 y 157; fig. 6, 456, 458) también de tradición tartésica⁶, cuya presencia no se puede justificar a través del comercio fenicio, pues no se trata de cerámica de lujo como los cuidados cuencos esgrafiados que también han aparecido en el yacimiento (Cf. Bokbot y Onrubia Pintado, 1992: fig. 1; Gómez Bellard, y Habibi, 2001: 77-82)⁷. La evolución hacia una disminución de este tipo de cerámica en momentos posteriores aboga por un proceso de asimilación de estos grupos y una mayor homogeneización del elenco cerámico.

fenicios vinieron acompañados de población tartésica, hipótesis que tiene para nosotros más visos de verosimilitud ya que este material cerámico no es en absoluto equiparable al de las necrópolis tingitanas donde los cuencos no son careados y los vasos «a chardón» son de 12 a 22 cm de altura, demasiado pequeños en relación con los vasos de *Lixus* y de los yacimientos tartésicos y, sin embargo, son equiparables a los que aparecen en las necrópolis fenicias del Mediterráneo central y occidental. En las necrópolis indígenas de la región de Tánger se documenta profusamente y durante largo tiempo, pues aparece en momentos antiguos, siglos VII-VI a.C. (Ponsich, 1967: 169-70; Culican, 1982: 72-3) y quizás perdura hasta el siglo IV a.C. (Kbiri Alaoui, 2000: 1185-1196). Suele ir acompañado de un cuenco, y a veces es reemplazado por un huevo de avestruz desmochado, en cuyo caso tampoco aparece el pequeño cuenco. Hay que entender por ello que en las necrópolis tingitanas, el huevo de avestruz y el vaso «a chardon» tienen significados similares en relación con el «principio vital» y el hecho de que uno esté desmochado y el otro sea un recipiente cerrado obliga a considerarlos a su vez como contenedores, seguramente de líquido rojo, símbolo de vida (López Pardo, 1990: 27-32). La sustitución del vaso y el cuenco, por un huevo de avestruz, indica que esta forma de vaso no era casualmente elegida, y que además tenían una función muy destacada en el ritual funerario.

⁶ A estos se les ha denominado también vasos «a chardón», aunque no tienen que ver directamente con los diminutos vasos «a chardón» de las necrópolis de Cartago, Malta, Cerdeña, Rachgoun, Tipasa y Tánger que sólo se encuentran en ambientes funerarios y santuarios. Estos vasos de perfil en S tartésicos no son exactamente iguales a los vasos «a chardon» fenicios, pues suelen ser por lo menos tres veces más grandes y la forma no es tampoco idéntica, además de ser realizados a mano. Parecen evolucionar de un recipiente de almacenaje documentado en el Bronce Final preferencio (Torres, 1999: 171 y 173).

⁷ El yacimiento norteafricano es especialmente elocuente por ser una realidad extrapeninsular. Sin embargo, el fenómeno se debió repetir en la Península, aunque su percepción se hace mucho más difícil ya que hasta ahora no ha podido describirse a través del registro arqueológico. No obstante no faltarían los indicios de una mezcolanza étnica sobre todo en el valle del Guadalquivir como muy bien ha señalado C. G. Wagner.

El panorama que nos ofrece la cerámica a mano de los niveles fenicios arcaicos de *Lixus* es francamente interesante. Por un lado, las ollas, tazas y cazuelas de cocina con decoración digitada, destinadas en su mayoría al fuego (Bellard y Habibi, 2001: fig. 8, figs. 10-13; Belén *et alii*, 2001: fig. 6, 241; fig. 8, 363; fig. 13, 587) tienen perfiles y decoraciones idénticos a las aparecidas en los enclaves fenicios y tartésicos hispanos, así como en la factoría de Mogador, lo cual impide por el momento determinar quienes las fabrican en *Lixus*⁸. Su presencia en yacimientos fenicios como Castillo de D.^a Blanca y en Toscanos, así como en Huelva y los poblados mineros de la provincia, como San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata 1995: 278-279 y fig. 309) y en enclaves del Bajo Guadalquivir como el santuario de Montemolín (De la Bandera *et alii*, 1995: 319) ha provocado cierta perplejidad entre los especialistas, sospechando algunos una filiación no indígena de las mismas (Ladrón de Guevara, 1994: 337), aunque otros defienden lo contrario (Martín Ruiz, 2000: 1625-1630). Así pues los hallazgos lixitas parecen insertarse en esta problemática, igual que los de la isla de Mogador.

Mayores precisiones podemos obtener de los cuencos bruñidos y de las cerámicas esgrafiadas⁹. Los cuencos hemiesféricos bruñidos con el borde engrosado hacia el interior de *Lixus* (Gómez Bellard y Habibi, 2001: fig. 7, 1002-65; Belén *et alii*, 2001: fig. 4, 136) pertenecen a una forma poco

⁸ El que las hallamos encontrado en Mogador, a más de 700 km de *Lixus*, con los mismos perfiles y decoraciones y la ausencia de formas cerradas hechas a torno destinadas al fuego ya nos hizo sospechar que se fabricaron en la propia factoría y no en el entorno (López Pardo, 1996: 365). También han aparecido cerámicas a mano con decoración de cordones digitados en Kach Kouch, a 9 km del estuario del uadi Lau en la costa mediterránea en un contexto con materiales fenicios (Bokbot y Onrubia Pintado, 1995: 219-223), pero desgraciadamente no han sido aún publicadas. Sus conexiones con la factoría fenicia contemporánea de Sidi Abdselam del Behar en el estuario del uadi Martil parecen evidentes, aunque no es descartable la existencia de un enclave colonial en la propia desembocadura del Lau (López Pardo: 1998: 42). El hallazgo de cerámicas a mano en Kudia Tebmain (Tarradel, 1960: 83-85), un complejo salazonero en el estuario del Emsá donde abundan las ánforas Mañá-Pascual A4 (López Pardo, 1990: 39-41), tampoco permite definirse acerca de la similitud o no con las cerámicas del siglo VIII a.C. de *Lixus*, ni sobre la presumible filiación autóctona de las mismas.

⁹ Agradecemos muy vivamente a Mariano Torres el que nos haya llamado la atención de que los tipos y decoraciones de las cerámicas bruñidas y esgrafiadas de *Lixus* se localizan sólo en Andalucía oriental.

frecuente en la Andalucía Occidental (Cf. Ruiz Mata, 1995: 265-313) y que sin embargo es habitual en yacimientos de la parte oriental (García Alfonso *et alii*: fig. 7, a, b y c; Martín Córdoba, 1993-1994: fig. 7, 12). Los cuencos carenados bruñidos (Belén: fig. 8, 355 y 356) aunque son similares a los del Cabezo de San Pedro y los poblados del Bajo Guadalquivir (Cf. Ruiz Mata, 1995: fig. 3, 4, 16 y 17) no son idénticos a éstos, mientras que sí tienen sus equivalentes en los yacimientos malagueños y granadinos (Martín Córdoba, 1993-1994, fig. 5, 6, 13; fig. 7, 4).

Con la cerámica esgrafiada sucede lo mismo. Un cuenco carenado ha sido recuperado recientemente en las excavaciones (Gómez Bellard y Habibi, 2001: fig. 9 y 14) y en cuanto a la forma corresponde exactamente al único tipo de perfil sobre el que aparece esta decoración en el sur peninsular, aparte de los carretes. Son frecuentes en el Bajo Guadalquivir y en la campiña gaditana, pero allí la decoración se circunscribe exclusivamente al borde exterior de la cazuela y consiste en una fila de pequeños triángulos decorados con trazos paralelos, mientras que el vaso *lixita* está totalmente decorado en el exterior, lo que le hace equiparable a recipientes de las provincias de Málaga y Granada, en especial con los fragmentos hallados en Acinipo (Ronda) (Martín Ruiz, 1995: fig. 230 y 231) con el que tiene concomitancias en la decoración ajedrezada formando pequeños rombos reticulados unos y reservados otros, y con los de Cueva de Siete Palacios (Molina Fajardo y Bannour, 2000: fig. 2).

Una decoración que vemos también en los pequeños fragmentos del yacimiento de Plaza de San Pablo (Málaga) (Efrén, Suárez, Mayorga, 1997: fig. 6) y en el de Cerro de la Mora (Moraleta de Zafayona, Granada) (Mansel, 2000: fig. 4, 8). La decoración de la base del recipiente de grandes rombos reservados separados por bandas escaliformes los tenemos también en San Pablo (Málaga) (Efrén, Suárez, Mayorga, 1997: fig. 6). Otros fragmentos procedentes de las antiguas excavaciones de *Lixus* (Tarradell, 1960: fig. 37; Bokbot y Onrubia, 1992: fig. 1; Ponsich, 1981: fig. 6), pertenecen también a cuencos carenados y se distinguen también en el registro decorativo de los productos de la Andalucía occidental: Los triángulos decorados con reticulados y bandas escaliformes que aparecen en estos recipientes remiten directamente al vaso hallado en Cerro Capellanía (Periana, Málaga) (Martín Córdoba, 1993-1994: fig. 8, 4)¹⁰. A su vez resulta indicativa la ausencia de cerámicas decoradas tipo «retícula bruñida» en *Lixus*, circunstancia a su vez constatada en las colonias fenicias del ámbito oriental de Andalucía.

El ámbito espacial al que se ciñen con precisión los tipos cerámicos a mano que aparecen en *Lixus* nos obliga a conectar el poblamiento lixita del siglo VIII a.C. con la estrategia colonial que se desarrolla en los cauces del Guadalhorce, el Vélez y *Sexi* (Almuñecar) en la misma época.

A este respecto hay que tener en cuenta que la enorme extensión de *Lixus*, 14 ha, sobre una plataforma calcárea de gran tamaño, favorece la idea de que se trató de una fundación de carácter urbano de un tamaño poco frecuente en el mundo fenicio occidental (López Pardo, 1992: 90). Una fundación de esa envergadura, que tal vez se realizó tras un acuerdo o compra, necesitó contar con aportes indígenas peninsulares seguramente procedentes de la zona donde hemos encontrado las mismas cerámicas y naturalmente con gente del país¹¹.

En el ámbito costero malagueño, de donde procedería parte del poblamiento lixita, la instalación colonial fenicia se realizó en un territorio controlado por el mundo indígena, tal como está demostrando la arqueología. La localización de asentamientos del Bronce Final en el litoral de Málaga, con diversas características, como importantes poblados fortificados y pequeños asentamientos inmediatos a la costa, con escasas posibilidades defensivas, demuestran que la presencia fenicia debe ser consecuencia de pactos con las comunidades locales. Estas alianzas debieron ser muy provechosas para las elites de ambas comunidades, ya que los indicios arqueológicos demuestran una intensificación de las relaciones que desembocan, por un lado, en importantes transformaciones en la formación social indígena y por otro en la consolidación territorial de la presencia fenicia en las costas peninsulares.

¹⁰ El panorama de las cerámicas esgrafiadas y la distinción de grupos diferentes de producción empieza a clarificarse con la aparición de este tratamiento decorativo sobre piezas de Cartago cuyas formas y decoraciones son claramente distintas a las de los dos grupos andaluces (Mansel, 1998: 220-239).

¹¹ Es un fenómeno que tiene concomitancias con Mogador, donde la cerámica a mano parece tener tres procedencias diferentes: imitación a mano de formas fenicias a torno, como las lucernas de pico; cerámicas a mano propiamente fenicias para usos culinarios e industriales, como ollas y moldes para hornos; y cerámicas tartésicas importadas y/o fabricadas *in situ* (López Pardo, 1996: 364-365). La amalgama étnica en la factoría se aprecia también en el registro epigráfico, aunque la mayoría de los nombres de los que iban a la factoría estacional de la isla son sin lugar a dudas fenicios, sabemos de un moabita (KMš) y quizás de un hebreo (HYM) aparte de otros nombres desconocidos de la antropimia semita (Amadasi Guzzo, 1992: 172 n. 3 y 6, 173).

Una vez instalados los colonos, en reducidos asentamientos no urbanos situados en la desembocadura de los ríos más importantes, se observa la implantación en la inmediatez de éstos de nuevos poblados indígenas que debieron estar vinculados económicamente a las actividades desarrolladas en el territorio por los fenicios. En esta línea se sitúan los poblados de San Pablo, en la Bahía de Málaga, y Montilla, en la desembocadura del río Guadiaro.

Fruto de esta estrecha convivencia, se puede observar como en los poblados coloniales se localiza, formando parte de los ajuares cerámicos, la importante presencia de recipientes elaborados a mano, de tipología indígena, relacionados especialmente con las actividades domésticas, que cada vez con más claridad, se tienden a identificar como vinculados a la presencia de elementos autóctonos en las colonias (Martín Ruiz, 2000: 1627). Esta presencia se justificaría en función del componente social de los asentamientos fenicios en este primer momento, los aristócratas (enterrados en tumbas como Trayamar) y «personas en posición de dependencia o libres de inferior condición social destinadas al artesanado, cuya actividad productiva permitiera a las familias aristócratas reproducir su condición de predominio social» (López Castro 2001: 61 n. 1). Probablemente los colonos no trasladaron suficiente población dedicada a las tareas de subsistencia básicas para la reproducción de las colonias, pudiendo solucionar el problema simplemente incorporando personal indígena mediante pacto con las elites locales. Se ha llegado a plantear incluso, con buen criterio, la posibilidad de que fueran mujeres las incorporadas a los asentamientos, pensando que el componente masculino de la colonización debió ser predominante (Martín Ruiz, 1995-1996: 87).

No debemos ver, pues, la acción cartaginesa en este aspecto como algo muy distinto a la realidad anterior, ni debió ser percibido, en un primer momento, por los fenicios como algo nuevo, se trataba, en suma, de la trasposición de una metrópoli por otra, ésta más cercana, en una dinámica colonizadora que duraba ya varios siglos.

Esa realidad migratoria tendría que haber dejado otras huellas en la documentación literaria antigua, que al no ser percibidas como tales no pudieron ser objeto de manipulación en el contexto político postbárquida, ideológicamente muy contaminado, lo cual les concede un considerable valor como indicios de esta problemática. Para su discriminación como indicios veraces, es necesario, no obstante, realizar un esfuerzo en lo que se refiere a crítica textual con la vista puesta en el Magreb de esa misma

época, quizás el enfoque menos buscado por parte de la investigación española, y por último contrastarlos con el registro arqueológico aunque sea de una forma sumaria.

I

Comenzaremos con un texto de Esteban de Bizancio que no se ha tenido en consideración a este propósito. Se trata de un párrafo aparentemente contradictorio como pone de manifiesto implícitamente el autor.

«Elbestios: pueblo libio. Filisto, libro VIII «en la proximidad de los libios». Hecateo en «Europa»: elbestios y mastienos. (Ed. A. Meineke, 1958, 264; THA II a: 143; también THA, II b: 941).

La aparente contradicción de ubicar pueblos del mismo nombre en África y en Europa difícilmente puede ser considerada una confusión del autor de Bizancio. Tampoco parece un error del propio Hecateo su inclusión entre los pueblos de la costa sur peninsular, pues más de cien años más tarde, Herodoto de Heraclea vuelve a insistir sobre el asunto al señalar, en una relación de Oeste a Este, que «tras los cinetes y los tartesios se encuentran los elbysinios, luego los mastinos; luego los celcianos; y después, *** ya el Ródano». (Stb. Byz. s. u. Ἰβηρία; THA, II a: 274-5; THA IIb: 950). También corresponde a lo señalado por Avieno: *Ultra citraque quattuor gentes colunt: nam sunt feroces hoc loci Libyphoenices; sunt Massieni; regna Selbyssina sunt feracis agri, et diuitis Tartesii*. El nombre, ligeramente alterado aparece de nuevo en Esteban de Bizancio: «Olbysios, pueblo situado junto a las columnas de Heracles. También se les llama a veces olbysinios» (s. u. Ὀλβύσιοι THA IIb: 969).

E. Gangutia (THA IIa 1998: 150 y n. 300) muy acertadamente considera la s- inicial del término utilizado por Avieno una alternancia que interpreta como una falsa etimología griega o latina o una contaminación posterior, de tal manera que *regna selbyssina*¹² sería el mismo etnónimo que

¹² Se ha querido relacionar este término con los *Cilbiceni*, que vuelve a citar Avieno (O.M. 303), sin embargo parece más viable vincular a estos *Cilbiceni* con otro etnónimo, los *Cimbii* (Tito Livio, 28, 37, 1), cuyo puerto parece localizarse en el estuario o proximi-

Elbisinios de Heródoro (2 a, *THA IIa* 49), igual que éste se refiere a los mismos elbestios que señala Hecateo, reconociendo la investigadora que el grupo *-st-* (*Elbest- Mast-*) con frecuencia se trastoca en época posterior en *-ss-* como ocurre con *Massieni, Massiena urbs*.

Para explicar la índole autóctona de este pueblo, E. Gangutia (1998: 9-11, 150 y n. 299) relaciona la raíz *Elbest-* con una supuesta raíz indoeuropea para la plata en diferentes lenguas (got. *Silubr*, alemán mod. *Silber*, inglés *Silver*, báltico *sidabras*). En celtífero encontraría la misma raíz en la palabra de significado incierto *'silabur*, haciendo un difícil ejercicio de relación con los topónimos *Aliba*, nombre que da el poeta jonio Anacreonte (s. VI a.C.) a una de las Columnas de Heracles y a una isla que se encuentra a sus pies (*Sch. D. P.* 332, *THA IIa*, 124-125). Pero rápidamente el autor jonio reconoce que otros la llaman *Abila*, el nombre consagrado en las fuentes. Este monte *Aliba* parece una traslación del monte *Alibante* mencionado en la Odisea (24, 304) de ubicación imprecisa, por su similitud sonora con *Abila*, la columna africana del Estrecho de Gibraltar, como el mismo autor jonio pone de manifiesto.

Evidentemente, la explicación de que los elbestios constituyen un sustrato indígena hispano con un nombre compuesto de una raíz indoeuropea en relación con la plata pone de manifiesto la dificultad de aclarar la doble consideración de pueblo líbico e hispano recogida respectivamente de Hecateo y Filisto por Esteban de Bizancio. La solución propuesta por esta misma autora (1998: 150) parece débil y buscada sin demasiada convicción: «puede estar en el fondo de la supuesta emigración de etíopes occidentales a la Península que aparece en la Odisea y que recoge posteriormente Éforo (*Od.* 1, 23; *THA* 6 a; *Ephor.* 128)». En contra de esta hipótesis estaría el hecho de que es una contradicción puesta de manifiesto por Esteban de Bizancio, que surge al componer su lista de etnónimos, realizada con rigor alfabético y cuyo resultado es que aparezcan los elbestios en dos autores diferentes con dos localizaciones distintas. Por otro lado, es imposible pensar, como sería obligado deducir de las consideraciones de la

dades del Guadalete, allí donde, a su vez, Avieno localiza a los *Cilbiceni*. E. Lipinski (1984: 119) relaciona el puerto de los *Cimbii* con el topónimo fenicio *kmb*, documentado como una dependencia o fundación de Sidón. Esta posibilidad se adecúa mejor a la espectacular implantación fenicio-púnica en el estuario del Guadalete, en especial Castillo de D.^a Blanca.

autora, que Filisto recogió una tradición que en su día los transformó en legendarios etíopes, pues el contexto en el que se refiere a ellos es su presencia en el teatro de operaciones siciliano durante la guerra que enfrentó al tirano de Siracusa y los cartagineses (Cf. Desanges, 1962: 224).

Otra explicación *ad hoc* poco verosímil, con un planteamiento inverso —un pueblo africano que jamás se localizó en la Península Ibérica— es propuesta por G. Vanotti (2000: 191). Ella considera que la ubicación de los elbestios en la Península se debe a una confusión, y para ello recurre a Avieno que al mencionar a los libiofenicios, selbisinos, massienos y tartesios en torno a las Columnas de Hércules, y a pesar de que éste los sitúa claramente en territorio peninsular, estaría cometiendo un error, corregible en el sentido de que los dos primeros se ubicarían en la parte africana y los últimos en la hispana. En este caso el error sería, obviamente, atribuible no sólo a Avieno, sino también a Hecateo y a Herodoro. Esta idea de varios autores equivocados sólo podría plantearse por un instante si no supiéramos que el otro pueblo que localiza en África, los libiofenicios, es repetidamente mencionado por algunos autores como pobladores de las costas peninsulares.

Dos explicaciones, pues, que recurren sin argumentos de peso a confusiones opuestas. Los elbestios, leídos elbisinos por Herodoro son, sin lugar a dudas, un pueblo libio.

Como recalca G. Vanotti (2000: 189) los tres fragmentos de Filisto proceden del libro VIII según recoge Esteban de Bizancio y se refieren a los elbestios (Fr. 30), erebidas¹³ (Fr. 31) y mimakes (Fr. 32). La obra, compuesta por el autor siciliano, estaba consagrada a *Sikelikà*, y dicho libro es el primero de los tres que dedica a la guerra entre el tirano de Siracusa Dionisio I y Cartago¹⁴. Para esta autora resulta muy verosímil que Filisto describió la geografía y la etnografía de los pueblos líbicos que participaron entre las filas cartaginesas en dicha guerra en suelo sículo. Según ella (190) la mención de Esteban de Bizancio a una sección del libro VIII titulada *peri toùs Liby'as* lo avala como un *excursus* dentro de la obra.

¹³ J. Desanges considera que hay que localizarlos en la Djeffara (1962: 89), mencionados también por Ptolomeo, IV, 3, 6. Se encuentran en la misma región que los mimakes, en el sur de Túnez, junto a la costa, donde algunos autores localizan a los asbystas (véase Desanges, 1962: carte n.º 4 y 6).

¹⁴ Cf. Desanges, 1962: 224.

Para nuestro propósito es muy relevante la relación que se establece con la guerra entre el tirano de Siracusa y Cartago, pues pone en evidencia que los cartagineses utilizaron a los elbestios, así como a los erebidas y los mimakes, en sus guerras externas. Pueblos que localizan los autores antiguos en territorios del sur de Túnez, cerca de la costa. Se explica así la integración de este pueblo en la política de Cartago, la proximidad geográfica entre ellos, y por último su aparición en contextos extra-africanos. El hecho no es novedoso en Sicilia, Heródoto (7, 165) menciona la utilización por parte del ex-tirano de Himera de un ejército cartaginés compuesto de mercenario fenicios, libios, iberos, ligures etc. en su intento por recuperar la ciudad en el 480-479 a.C.

El rastro de los elbestios en África no ha sido fácil de encontrar, J. Desanges en su catálogo de tribus africanas incluye a los erebidas y los mimakes mencionados por Filisto, pero, sorprendentemente, no incorpora a los elbestios, quizás porque los primeros vuelven a ser mencionados por Ptolomeo, mientras los elbestios no aparecen recogidos como tales africanos en ninguna otra obra.

Yo creo, por mi parte, que los elbestios que cita Filisto son los asbystes mencionados frecuentemente por distintos autores. La referencia más antigua corresponde a Heródoto (4, 169 y 171) que los sitúa entre los giligamas al Este, cuyo límite es la isla de Aphrodisias, y los ausquisas. Heródoto (IV, 170) destaca de ellos su afición a montar en cuadrigas, por lo que el autor de Halicarnaso los ubica en la Cirenaica. Las indicaciones herodoteas obligan, sin embargo, a superponerlos en el mismo territorio de los giligamas. Algunos autores los mencionan con localizaciones diferentes: Ptolomeo algo más al Oeste que Heródoto, en el «Jardín de las Hespérides» (IV. 4, 66); Dionisio Periegeta (211, *G. g. m.*, II, p. 113) al oriente de los nasamones, es decir «dos pueblos» más al oeste que Heródoto; igual que Plinio (*H. N.* V, 34) que, por su parte, emplaza unos *Hasbytas* después de los nasamones y antes de los maca (Desanges, 1962: 148). A fines del siglo I d.C. Silio Itálico considera a los *Asbytes* en contacto con los garamantes, por lo tanto mucho más al Oeste, entre Tripolitania y Túnez, y se encontrará un eco tardío de ello en el Geógrafo de Rávena (III, 3) que llamará *Abyste* a toda la Etiopía garamántica. En similar localización los encuentra Estrabón (I, 5, 33) pues los cita entre los gétulos de las Syrtes y los *Buzakii*. Estos últimos son los habitantes de la región de *Bussatis*, cerca del territorio cartaginés (Strab. 2, 5, 3; Desanges 1962: 84), también mencionada por Polibio (XII, 1, 1 y III, 23, 2), que Ptolomeo (IV, 3, 6) llama a

su vez *Buzakitis* (conocida en época romana como *Byzacium*) y la localiza al sur de donde habitan los libiofenicios. Curiosamente Plinio (V, 24), por el contrario, hace de los libiofenicios los habitantes de *Byzacium*, territorio que se extendía en el intervalo de los golfos de Hammamet y de Gabes (Desanges, 1962: 84-85) Esta región contaba con diversas factorías y colonias fenicias y cartaginesas, como *Hadrim* (Lat. *Hadrumentum*), *Usula* (Act. Inchilla), *Salakta* (Lat. *Sullecthum*), etc.¹⁵.

En resumen, Filisto no parece estar equivocado sobre el carácter y emplazamiento africanos de este pueblo. ¿Qué sucede entonces con la información hecateica. Ya dijimos que la proposición de Gabriella Vanetti de que se trata de una equivocación de varios autores no nos parece nada convincente. Cabe, sin duda, suponer que se trata de una simple coincidencia en la identidad o similitud de nombres, destacada por Esteban de Bizancio. Sin embargo, muy sospechosamente la denominación de los elbestios peninsulares desaparece de los textos después del 400 a.C., si consideramos, como es lógico suponer, que esta información de la Ora Marítima también es anterior a esa fecha, como se ha dicho reiteradamente, mientras que la denominación de libiofenicios adquiere una inusitada frecuencia en los autores posteriores, los cuales no se detienen nunca a precisar cuales son los componentes líbicos concretos que se esconden bajo la denominación «libiofenicios». Así pues este término pudo ocultar, a la postre, el origen étnico concreto de los elbestios —elbisinos— selbyssinos, una vez diluidos los vínculos gentilicios con su lugar de origen.

II

A principios del siglo VI a.C. se observan transformaciones en el litoral malagueño. Se percibe como la ciudad de *Malaka* se convierte en el asentamiento más importante del litoral. Económicamente, los estudios llevados a cabo en el Cerro del Villar indican que se está produciendo una reorientación en la producción de los asentamientos fenicios e indígenas, que pasa por un incremento de la producción, elaboración o distribución

¹⁵ Los *emporía* de la pequeña Syrte que abastecían Cartago durante la guerra de los mercenarios (Tito Liv. 29, 25, 12) se encontraban al sur de la región de *Byssatis* mencionada por Polibio, la *Byzacium* de Plinio (R. Rebuffat: 2621-2627).

exterior de bienes de primera necesidad, entre los que destacan los cereales, el vino, el aceite y las salazones (Delgado, Fernández y Ruiz, 2000: 1783).

Por otro lado, los estados indígenas se han consolidado, y redefinen el territorio. Atrás quedaron poblados como San Pablo y Montilla, observándose nuevos lugares de hábitat, muy cercanos a las comunidades fenicias, probablemente fortificados, como Villavieja, en Casares, o Cerro Cabello, en la propia Bahía de Málaga. Esta circunstancia obliga a pensar en una nueva determinación de los territorios, vinculada quizás al planteamiento de un área de frontera entre las comunidades fenicias e indígenas, que por otro lado son frecuentes entre las propias comunidades locales del interior por esas fechas (Ruiz Rodríguez y Molinos, 1986: 130-145). Podemos estar en un momento de transformación de las relaciones entre las elites locales y los colonos fenicios, y quizás, mediante pactos, en la definición de un auténtico territorio fenicio litoral, susceptible de explotación directa por las comunidades de origen fenicio. Esta nueva articulación política pudo incluir en su seno espacios ocupados con anterioridad por poblaciones indígenas, cuyas poblaciones pudieron ser integradas en el mismo.

A partir de la segunda mitad del siglo VI a.C. se observan transformaciones dentro del poblamiento del territorio fenicio occidental del litoral malagueño. En general se observa una intensificación de la producción del territorio. Se amortiza el recinto defensivo de la ciudad de *Malaka*, construyéndose probablemente una nueva muralla; se crean nuevos asentamientos en el territorio, el sector alfarero del Cerro del Villar, en la Bahía de Málaga (Aubert, 1999: 69-88), el asentamiento de la Roza de Aguado, en Mijas, así como poblados situados en los estuarios de los ríos que acabarán siendo sede de municipios romanos, caso de *Suel* (Cerro de Castillo, Fuengirola) y El Torreón (*Saldua*?), en Estepona (Bravo Jiménez, 1992: 88), se producen transformaciones en otros, como el poblado de la Era, en Benalmádena y Río Real (Sánchez Bandera *et alii*, 1999: 52-55). En el aspecto económico se observa, en estos momentos la misma tendencia relacionada con la intensificación de la producción de bienes de primera necesidad, documentada en momentos inmediatamente anteriores (Delgado, Fernández y Ruiz, 2000: 1783). Destaca la producción vitícola, detectada en el Cerro del Villar y en el poblado de la Era.

En las costas malagueñas, concretamente en la desembocadura del río Vélez, por estas fechas la necrópolis de Jardín presenta indicios de transformaciones culturales significativas. Se observa un cambio de ritual, de

incineración a inhumación, los tipos de sepultura que se imponen no tienen precedentes en las necrópolis arcaicas peninsulares, pero sí en las necrópolis del norte de África y los ajuares cerámicos son ahora de clara filiación norteafricana (Ramos Sainz, 2000: 1695), y se están produciendo en la propia Bahía de Málaga, en el yacimiento del Cerro del Villar.

La probable nueva territorialidad fenicio-púnica observada en el territorio en relación con el mundo indígena puede plantear una nueva fórmula a la hora de poblar y explotar estos espacios, no contando quizás con los esquemas de implicación poblacional indígena que se habían usado en momentos anteriores, al cambiar las relaciones entre ambas comunidades, «que significa el final del intercambio desigual entre fenicios y autóctonos y una redefinición de las relaciones políticas que pudieron volverse conflictivas en algún momento posterior» (López Castro, 2001: 62 n. 1). Por estas fechas ciudades fenicias occidentales experimentan un periodo de expansión económica (López Castro, 2001: 65 n. 1).

La importante intensificación del poblamiento comentada, las transformaciones urbanas, y los indicios de marcados cambios culturales observados en el ámbito de la desembocadura del río Vélez podrían, arqueológicamente, plantear la posibilidad de la integración política por parte de las oligarquías urbanas de tradición fenicia occidental de población norteafricana para explotar sus territorios en un momento anterior al 500 a.C. donde Cartago políticamente puede estar ya ejerciendo su política hegemónica sobre las ciudades fenicias occidentales que se concretará a partir del segundo tratado romano-cartaginés, aunque quizás ya lo fue en el primero.

En diferentes yacimientos de la costa andaluza se han detectado transformaciones importantes, en especial en ámbitos necrolécticos, donde se aprecia un cambio radical en las deposiciones funerarias: en Puente de Noy (*Sexi*, act. Almuñecar), en Jardín (Desembocadura del Vélez), en las diferentes necrópolis que rodean *Gadir*, etc. (Aubet 1984: 615-619). En el estuario del Vélez tendría lugar, tras el abandono en torno al 550 a.C. del hábitat de la margen derecha del río (Toscanos-Cerro Alarcón), la ocupación de Cerro del Mar, al otro lado del cauce, con restos de la población del asentamiento original y posiblemente la incorporación de libiofenicios, es decir, un poblamiento mixto, cuya diferente tradición se podría seguir a través de la pervivencia del ritual de la incineración por un lado y la incorporación frecuente de inhumaciones por otro en la necrópolis de Jardín. En dicho campo cementerial se entierra la población que ha ocupado en ese momento la ladera del Cerro del Mar entre los siglos VI al IV a. C. Las

incineraciones fueron depositadas directamente sobre el suelo y las inhumaciones en fosas excavadas en la roca, muy similares a las de Puente de Noy y Villaricos, las cuales fueron interpretadas tiempo ha como necrópolis de establecimientos cartagineses (Cf. G. Wagner, 1983: 202, 207; 1986: 442). La necrópolis de Jardín también es equiparable a la de Puente de Noy por las ofrendas de cabras a los pies de los inhumados, que parece una costumbre extendida en las necrópolis de época púnica de Cerdeña, quizás una tradición líbica como señala D. Ruiz Mata (1989: 123, 131). El cambio de rito y las características de los ajuares funerarios se corresponderían, pues, con la presencia libio-fenicia. Las ofrendas funerarias mostrarían, a su vez, un cambio considerable en comparación con el servicio ritual de los siglos VIII-VII a.C. y serían similares a las halladas en Cartago, Ibiza y Cerdeña de la segunda mitad del siglo VI a.C. (Aubet, 1986: 616-7). Se aprecia, por lo tanto, un fenómeno de discontinuidad y ruptura en el Vélez en el siglo VI a.C. (617)¹⁶.

Existe, pues, una correspondencia cronológica entre la llegada de los elbestios y las transformaciones socio-culturales detectadas especialmente en el mundo funerario, en contra de la opinión muy extendida de que la presencia cartaginesa se hizo sentir sólo a partir del siglo IV a.C. o como mucho bien avanzado el siglo V a.C. en supuesta coordinación con la expansión de Cartago en territorio tunecino¹⁷. Por el contrario, parece coincidir con el proceso colonizador fuera de África. Como es bien sabido, algunos ámbitos fenicios de larga tradición, como Ibiza o Cerdeña integraron un considerable contingente de población norteafricana de la propia Cartago o de los territorios colindantes. El caso ibicenco parece paradigmático a este respecto, el asentamiento fenicio fundado un siglo antes ve alterados a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C. sus rasgos culturales, aproximándose al horizonte cultural cartaginés (Costa Ribas, Fernández Gómez, y Gómez Bellard, 1991: 795; Gómez Bellard, 1995: 769-772).

¹⁶ Aunque M.^a E. Aubet no se decanta por si se trata de fundaciones cartaginesas o de meras influencias socio-culturales. Considera, con buen juicio, que no hay una ruptura total, puesta de manifiesto por la perduración de ciertas tradiciones anteriores en especial referidas a la cerámica. El concepto de ruptura arqueológica en este contexto con el sentido de desaparición de todos los rasgos culturales anteriores y la implantación de otros nuevos habría que asociarlo a la «desaparición» del poblamiento precedente y su suplantación total por los venidos de fuera, situación que no es el caso.

¹⁷ Sobre la expansión en África véase: G. Wagner, 2000: 131-138.

La colonización cartaginesa de la isla de Cerdeña con fines agrícolas y de explotación minera, como había demostrado F. Barreca en los 70, aunque en la actualidad ha sido redimensionada en lo que se refiere a la penetración hacia el interior a lo largo de los valles fluviales, parece un hecho contrastado en los últimos trabajos (Moscati, Bartoloni, Bondi, 1997: 73). La penetración cartaginesa en Cerdeña iniciada con las campañas militares de la segunda mitad del siglo VI a.C. fue, sin embargo, paulatina, y desde ese momento los grandes centros primarios de la presencia fenicia, ahora bajo la férula de Cartago, se dotaron frecuentemente de robustas fortificaciones (Manfredi, 2000: 135-6) y la ocupación del territorio por parte de gentes de estirpe norteafricana se evidenciaría en todos los pueblos del entorno (Moscati, Bartoloni, Bondi, 1997: 75).

Pero volvamos a la desembocadura del Vélez. En nuestra opinión existe un rastro toponímico de la presencia libiofenicia en la mención que hace Hecateo de Mileto, a finales del siglo VI a.C. de la localidad de *Mainobora*, considerada por el autor como una ciudad de los mastienos (Stb. Byz. S. u. *μαινόβωρα*). Aceptando la secuencia que reconstruye Nenci a partir de la obra de Esteban de Bizancio, aparecería en primer lugar *Sualis* (texto d); después *Menobora* y *Sixo* (textos e, f) que el historiador habría incluido correlativamente (*THA, Ila*, 150-1), orden que nos estaría concretando la franja costera en la cual se encuentra: entre el Castillo de Fuengirola (*Suel*) y Almuñécar (*Sexi*).

Desgraciadamente, con esta denominación es la única noticia que se tiene, pero A. Tovar (1974: 78-79) ya reparó que seguramente se trate de la *Maenoba* o *Maenuba* citada por otras fuentes y, por supuesto, de *Mainake*, como han defendido varios autores (Schulten, 1945: 86-87; Niemyer, 1979-1980: 283-284). A pesar de la controversia acerca de la localización de esta última recogida por algunos autores antiguos como Estrabón (III, 4, 2) y Avieno, cuya mayor o menor fiabilidad sigue siendo una cuestión debatida¹⁸, sin embargo la inequívoca similitud fonética de

¹⁸ Atribuir mayor fiabilidad a Avieno que identifica *Menace* con *Malaca* es problemático debido a la lejanía temporal en la que escribe el noble romano, siglo V d.C., al ser ésta una interpretación del propio autor del Bajo Imperio de algo que se decía ya en época helenística (Strab. III, 4, 2) y que naturalmente no tuvo medio de comprobar, lo cual le confiere menor autoridad que a las fuentes griegas o helenísticas de Estrabón. Mayores problemas plantea la identificación de *Mainake* con Cerro del Villar sobre la base del texto de Avieno (Aubert, 2000: 37-38), pues el análisis textual permite asegurar que la ciudad

los topónimos *Mainake*, *Mainobora*, *Mainoba*¹⁹, permite localizar el asentamiento en la desembocadura del Vélez, como se deduce tanto de Mela como de Plinio en su secuencia de localidades costeras, pues insertan *Mainoba* (Mela, 2, 96) o *Mainuba* (Plin. III, 8) entre *Malaca* (Málaga) y *Sexi* (Almuñecar), ello unido a la controversia anterior permite decantarse, como ya han señalado otros por el estuario del Vélez (Niemeyer, 1980: 165-185). Ptolomeo, por su parte, la sitúa a 30 km de Málaga y a la misma distancia de *Sexi*.

El contexto cronológico deducido de las fuentes permite establecer una secuencia clara: *Mainake*- *Mainobora*- *Mainoba*.

Aunque se ha buscado la procedencia de *Main-*, la primera parte del nombre, en distintas lenguas, hoy en día es posible decidirse claramente por un origen fenicio del mismo: Parece cuestionable una procedencia indoeuropea remota como sugiere F. Villar (2000: 296), de la que se encontraría un residuo en lengua letona, *Maina*, «pantano». También parece descartable el origen griego tradicionalmente aducido, en relación con *maine*, anchoa o bocarte, que se ha propuesto apoyándose en el supuesto de una fundación griega en el lugar como sugieren algunas fuentes clásicas²⁰ que puede ponerse en cuestión gracias a la abrumadora documentación arqueológica de tipo fenicio y púnico en la zona. Tampoco parece posible buscar su origen en lengua líbica, MNK²¹. Nos parece, por el contrario, per-

(*Menace/Malaca* para Avieno) se encuentra frente a la isla consagrada a Noctiluca, en lo alto (O. M. 427-431), y no en lo que fue en su día el islote donde se encontraba el enclave fenicio.

¹⁹ No es posible negarle validez a la procedencia común de la raíz poniendo como ejemplo la existencia de una *Salduba* (El Torreón?, Estepona) en la costa malagueña y otra en la propia Zaragoza (Aubert, 2000: 33). El nombre indígena de Zaragoza, no tiene nada que ver con *Salduba*, y por lo tanto con los topónimos en *-uba* y *-oba*, pues en las monedas aparece como *Saltauie*, en epigrafía *turma sallutiana* (CIL I, 709) y el nombre citado por Plinio aparece en los códices con distintas variantes: *Salduva*, *Solduba*, *Salduvia*. Según Villar (2000: 124) Mayhoff corrigió en su edición de Plinio las lecturas de los manuscritos para igualar este nombre con la *Salduba* meridional.

²⁰ Entre otros: Pseudo Escimno 146-149 (fines del siglo II a.C.) *THA IIIb*, 560-2: «Cerca de una de ellas (columnas de Heracles) se encuentra una ciudad masaliota, llamada Menace. De todas las ciudades griegas de Europa ocupa ésta la situación extrema».

²¹ Solá Solé (1960: 496) recoge esta raíz cuando trata del origen del nombre de *Malaka*.

fectamente asumible la propuesta de E. Lipinski (1984: 118), que considera que el nombre transcribe **m'yn-'k* «Source du Pieu d'amarrage», donde el primer término **m'yn-* significaría «fuente»²², mientras que el segundo *-k* parece designar el puerto o al menos un lugar de amarre. Este último término, al parecer, está bien atestiguado en la toponimia de los semitas occidentales²³. El origen y significado fenicios del topónimo se adecuan, sin lugar a dudas, a la realidad espacial y arqueológica del entorno del Vélez. El hábitat arcaico de los siglos VIII a.C. y VII a.C. contaría con dicho nombre, produciéndose posteriormente diversas vicisitudes en el poblamiento que se corresponderían con los siguientes cambios de denominación: *Mai-nobora* y posteriormente *Mainuba*.

En nuestra opinión el topónimo **m'yn-* incorporó a continuación un elemento nuevo, el sufijo, *-bora*, con el que aparece en la denominación de Hecateo, en consonancia con el cambio de emplazamiento del hábitat a la otra margen del río y las mutaciones detectadas en la necrópolis de Jardín. El sufijo *-bora* me parece de origen líbico²⁴, pues se encuentra bien atesti-

²² E. Lipinski (1984: 118) considera descartable la propuesta de B. Warning-Treumann (1980: 186-9) que relaciona el topónimo con la raíz *nqy*, ya que no explica el dip-tongo *ay* entre la *m* y la *n*.

²³ Por ejemplo en Pseudo Escílax 111 (94) «La isla de *Akion*, con una ciudad y un puerto». Entre *Iol* y *Siga*. Antepasado quizás de *Portus Magnus* (Argelia Occ.) (Lipinski, 1992: 121-133).

²⁴ El significado común del término *-bora*, *-bure* como «*castellum*» puede explicar la existencia de varios *-bora* a lo largo de la costa atlántica peninsular: *Ebora* (Plin. 3, 10) junto a Sanlúcar de Barrameda (García y Bellido, 1947: 56) donde se han recogido materiales del siglo V a.C. (Martín Ruiz, 1995); *Ebora*, *castellum* (Mela, 3, 4) a continuación del *Portus Gaditanus*, en la costa, es seguramente la misma que la anterior, igual que la *Eboúra* mencionada por Estrabón (3, 1, 9; Est. Biz., *THA II b*, 940) que localiza a continuación del santuario de *Phosphoros* o «*lux Divina*», que es seguramente La Algaída, junto a Sanlúcar. Otra *Ebora* es recogida por Mela (3, 7) que localiza junto a un promontorio, el *Magnum* (cabo da Roca), cerca de Lisboa (Cf. Plin. 4, 13), situada junto al mar ya que el autor solo menciona en este párrafo ciudades costeras. Debe ser la misma *Ebora* que menciona Plinio (4, 117), un municipio de derecho latino en Lusitania. También seguramente sea la *Eburobritum* citada por Plinio, pues a continuación señala el promontorio *Magnum*, en su descripción de norte a sur (Plin. 4, 13). Otra *Ebora*, citada por Mela (3, 11) sería una localidad de la ría de Noya según A. García y Bellido (1947: 56). El origen de este sufijo sigue siendo controvertido, se le ha buscado una procedencia tartésica, que sería problemática por la localización costera de la mayoría de los topónimos. Por su parte F. Villar (2000: 102, 117-118) considera inverosímil la etimología celta buscada para este término,

guado en Argelia y Túnez, donde el término *bure*, *-bori*, *-buros* se añade al nombre de numerosas localidades²⁵: *Thiggiba Bure*, *Thimida Bure*, *Thubursicu Bure*²⁶, *Thuccabori*²⁷, *Althiburos*²⁸. En algunas de las cuales, como en *Thubursicu Bure* se documenta epigráficamente la cohabitación entre libios y fenicios²⁹. El término tendría el significado de «*castellum*» (Desanges, 1962: 48). En la misma zona donde se localizan los enclaves de *Thubursicu Bure* y *Thuccabori*, en la cuenca del Medjerda se localiza a los *Suburbures* (Ptol. 4, 6, 6)³⁰. También en las riberas del *Malva* (Argelia Occ.) se localizan los *Bures* o *Burenses*³¹.

Ello nos estaría señalando la incorporación de un poblamiento de carácter líbico en las costas de Málaga ya en la segunda mitad del siglo VI a.C., en el mismo horizonte cronológico que los elbestios.

La transformación de *Mainobora* en *Mainoba* tiene lugar después, no sólo por ser el topónimo que persiste en época romana para la localidad del Vélez sino también porque las referencias a los topónimos terminados en *-oba* y *-uba* son todas tardías, lo cual induce a sospechar también un origen no tartésico de este sufijo a pesar de lo que se viene sosteniendo.

El elemento *uba* en la Península es específico de la región meridional, como desde Schulten han venido poniendo de manifiesto diversos autores (J. Unterman, 1985: 4; J. De Hoz, 1983: 362-3; 1989: 553-4; F. Villar,

**ebura* «tejo», pues considera que los topónimos *Ipora* (ceca), *Epora* (Plin. 3, 10; Montoro, según A. García y Bellido, 1947: 222) y *Aipora* (ceca) pertenecerían al grupo de los que incorporan el prefijo *Ipo-* (101), que el autor considera de origen minorasiático, de introducción tardía en la Península Ibérica. Por otro lado, habría que buscar otro origen a *Consaburrenses* (Plin. 3, 25; act. Consuegra), tanto por su localización fuera del ámbito de los anteriores así como por que parece tener componentes diferentes, «*ur*» o «*urr*», que parecen relacionarlo más con el mundo céltico.

²⁵ G. Camps, s. v. *Dasibari*, *E. B.*: 2234.

²⁶ Actual. TebourSouk, junto al río Medjerda llamado antiguamente *Bagradas* (Desanges, 1962: 48).

²⁷ Actual Toukabeur, entre el Medjerda (ant. *Bagradas*) y el Zerga, en el interior (Peyras, 1991: 314). Con los *Thucca* (Salama) y *Thuccabori* se vinculan los *tuçi* hispanos.

²⁸ Médeïna, Túnez, según P. Salama (s. a.)

²⁹ En esta localidad, a través de la epigrafía se constata que nombres fenicios alternan con los bereberes en la misma familia (G. Camps, s. v. *Cité*, *E. B.*: 1982).

³⁰ A partir de algunas inscripciones latinas, Vespasiano los fijó en *Tigisis* (Aïn el-Bordj) en el Alto Medjerda (ant. *Bagradas*) (Desanges, 1962: 236-7).

³¹ Iulius Honorius, A, 48 (Desanges, 1962: 48).

1996: 480). A pesar de que F. Villar (2000: 141-145) ha hecho una búsqueda exhaustiva de la serie en tres continentes, su presencia es apenas perceptible fuera del área meridional de la Península y el Norte de África³². Se encuentran rarísimos topónimos en *-oba -uba* en Italia, Germania y en las Galias como *Rutuba*, *Gelduba*, *Saruba* y poco más, cuya relación con la serie hispana o africana es más que discutible. Por ejemplo, *Abnoba* (Germania) (Ptol. 2, II, 7) es presumiblemente una corrupción del topónimo latino muy común de *Ad Novas*.

En el Norte de África es, sin embargo, muy frecuente y algunos de ellos son prácticamente idénticos a topónimos hispanos, como *Obba*³³ y *Thunuba*. En una lista no exhaustiva tendríamos los siguientes: *Obba* (act. Henchir Merkeb) (Liv. 30.7), *Ubaba* (T. Peut., 4, 3; Ravenate, III, 7), *Ubata*, *Ubaza*, *Ubori* (Villar, 2000: 441), *Ubus* (Río Seybouse; Salama s. a.) (Rav. 164.18). Con la partícula líbica *-Th-*: *Thauba* (2) (Villar, 2000: 309), *Thubba* (Salama, s. a.) *Talubath* (Ptol. 4.6.25: Libia), *Tubactis*³⁴, y *Thunuba* (Ptol. 4, 3, 33) que encontraría su correspondencia exacta en los *Onuba* hispanos, ya que la partícula líbica *-Th-* suele aparecer como prefijo o sufijo en multitud de nombres de localidades y ríos líbicos³⁵. También: *Abathouba* (Ptol. 4, 5, 13), *Bulluba* (Plin. 5, 37) *Culluba*³⁶ *Choba*³⁷, *Hobas* (Tab. Peut.), *Nouba* (lago y montes) (Ptol. 4, 6, 5)³⁸, *Galube* (Villar, 2000: 441), *Kubo* (Esteban de Bizancio, s. v. *Kubos*)³⁹, *Tubusuctu*⁴⁰. Ade-

³² Incluso *Corduba* que tradicionalmente se ha incluido entre los topónimos con la raíz *-uba*, no es nada seguro que pertenezca a la misma a juzgar por algunas de sus leyendas monetales, donde aparece *CORDVA*.

³³ *OBA* aparece en acuñaciones monetales de alfabeto libio-fenicio (Jimena de la Frontera, Cádiz).

³⁴ En la costa, entre *Leptis Magna* y *Macomades*, junto a la Sebcha Tauorga (Di Vita-Evrard, 1991: 430).

³⁵ Galand, 1989: 36-7. El hidrónimo *Dara* aparece también bajo la forma *Darat* (Plin. V, 9), *Daras* (Ptol. IV, 6, 2), véase Desanges, s. v. *Dara* ou *Darat*, E. B.: 2229-2230.

³⁶ Ciudad de los *Phazanii*, cerca del golfo de la Pequeña Syrte, encima de los garamantes, Desanges, 1962: 130-1.

³⁷ Act. Ziama, entre *Igilgili* (Djidjeli) y *Saldae* (Bejaïa) (Desanges, 1962: 72). Cuenta con numerario cartaginés (Salama, 1979: 111).

³⁸ En el país de los garamantes (Desanges, 1962: 94).

³⁹ Ciudad de los iones, en la Libia fenicia, relacionada con el río *Ubus* (Seybouse), cerca de *Hippo Regius* (Desanges, 1962: 100).

⁴⁰ Act. Tiklat, en la Mauritania Cesariense (Desanges, 1962: 51).

más una gente seguramente identificada a partir de una localidad o hidrónimo: *Subafrenses*⁴¹.

Todos ellos se localizan en Argelia Oriental y Túnez, raramente en Libia y ninguno en Marruecos ni en Argelia Occidental, precisamente las regiones donde Cartago se aprovisionó de mercenarios y colonos líbicos. En suma, parece que en el contexto de las Guerras Púnicas o poco antes se produjo una fuerte implantación cartaginesa en el área bética que llegó a transformar topónimos anteriores en la costa malagueña como *Mainake-Mainóbora* o como *Saldo* (Rav. 344.3)⁴² (= *Salduba*?)⁴³ y la incorporación de nuevas fundaciones como la *Onuba* sita en esta zona (Ptol. 2, 4, 9).

III

La continuidad de esta política que vemos comenzar en la segunda mitad del siglo VI a.C., o más exactamente su profundización, tendría lugar ya a finales del siglo V a.C. y durante el primer tercio del siglo IV a.C. (Koch, 2000 a: 194). En nuestra opinión la fundación de *Carteia*⁴⁴ hay que inscribirla en este proceso. La nueva ciudad se creó antes del 370 a.C. como demuestra el hallazgo en contextos estratigráficos de cerámicas griegas del 1er cuarto o comienzos del segundo del siglo IV a.C. (Roldán

⁴¹ En un decreto del 399 d.C. (Desanges, 2000: 259).

⁴² *Sald-* entronca con una tradición púnica o neopúnica en el norte de África, donde tenemos un topónimo con el mismo componente: *Saldae* (Bejaïa, Argelia), que cuenta con hallazgos púnicos de, al menos, el siglo III a.C. (Ptol. 4, 2, 9) (junto al cabo Carbón y a la desembocadura de un amplio uadi, el Soummam, antiguo *Navasath*). En la localidad apareció un excepcional tesoro de monedas cartaginesas de finales del siglo III a.C. relacionable con la implicación de la localidad en la II Guerra Púnica. (Salama, 1979, 111), también ha aparecido otro numerario cartaginés. Por otro lado *š^cLDY' aparece como nombre propio en varias inscripciones neopúnicas de Tripolitania (Fuentes Estañol, 1980, 241).

⁴³ Seguramente en el caso de *Salduba*, se ha producido la misma asimilación que propone A. Tovar (1974: 73) para *Calate* ciudad próxima a las Columnas de Heracles mencionada por Hecateo y probablemente por Éforo con el nombre de *Calatusa* (*St. Byz. s. u. Kalate, THA IIb*: 463) que se podría identificar con *Káldouba* (Ptolomeo, 2, 4, 109), equiparando una asimilación parecida entre *Saldo* con *Salduba*.

⁴⁴ Torre del Rocadillo, en la desembocadura del Guadarranque (San Roque, Cádiz).

Gómez *et alii*, 1998: 158). Por otro lado, parece revelador aunque no concluyente que Timóstenes de Rodas, almirante de Ptolomeo II *Filadelfo*, la incluyera en su obra *Sobre los puertos*, señalando su gran muralla y dársenas (Strab. 3, 1, 7). Podría referirse a unas infraestructuras defensivas y portuarias que tendrían más sentido en el contexto de un posicionamiento estratégico cartaginés en el Estrecho en el siglo V o comienzos del IV a.C. que en el planeamiento local de un nuevo casco urbano, pues no en vano fue utilizada como base naval por los romanos en la Segunda Guerra Púnica (Liv. 28, 30, 6).

Sin embargo, recientemente se ha propuesto que la fundación se debió al traslado de la población de Cerro del Prado, cuyo abandono se fecha a mediados del siglo IV a.C. La razón esgrimida es un progresivo auge comercial que habría superado las posibilidades de crecimiento de Cerro del Prado, este sería «el verdadero factor determinante para el nacimiento de la nueva *Carteia*»⁴⁵ (Roldán Gómez *et alii*, 1998, 164). La propuesta parece encuadrarse en ese esquema del que hablábamos al principio: emergencia de las ciudades occidentales a modo de *poleis* independientes o subordinadas dentro de un «estado gaditano». Creemos, por el contrario, que existen varios inconvenientes que impiden no tomar en consideración un texto de Mela que se refiere a su población como de origen fenicio y oriunda de África, texto que comentaremos más adelante. Según mi parecer la falta de coordinación cronológica exacta no se puede explicar con el argumento de la continuidad de un poblamiento residual en Cerro del Prado, al menos durante una treintena de años. Muy diferente es colegir que dado el auge de *Carteia*, ésta hubiera recibido, si no toda, al menos parte de la población de Cerro del Prado⁴⁶.

La fundación de *Carteia* parece insertarse, en nuestra opinión, en un auténtico programa de fundaciones cartaginesas entre los siglos VI y IV a.C. con un tipo de denominación toponímica característico: con los prefijos *Rus-*, *I-* y *Qart-*. En la costa norteafricana aparecen en Argelia

⁴⁵ Ningún texto avala la existencia de una *Carteia* anterior, y tampoco se conoce ninguna referencia a *Carteia* que pueda suponerse más antigua al siglo IV a.C.

⁴⁶ Idea defendida por J. L. López Castro (1995, 110), quien considera que el poblamiento fenicio de la zona se desplazó hacia el área de *Carteia* coincidiendo con la presencia bárquida, considerando el nombre de la ciudad de raíz cartaginesa.

Oriental, aunque algunos también se hallan en la región de *Bussatis* (Byzacen, Túnez) de la que hemos hablado antes.

Una lista no exhaustiva puede ser la siguiente:

Con el prefijo *Rus-*, cuyo significado es «cabo»⁴⁷: *Rusaddir* (Melilla, junto al cabo Tres Forcas o Ras es Dir)⁴⁸; *Rusguniae* (act. Tamentfoust, junto al cabo Matifou)⁴⁹; *Rusubbicari* (junto al cabo Djinet, act. Mernzel-Hajej); *Rusuccuru* (junto al cabo Bengut, act. Dellys)⁵⁰; *Rusippisir* (junto a cabo, act. Taksebt); *Rusazus* (junto al cabo Corbelin, act. Azeffoun). Excepto *Rusaddir*, todos los demás se encuentran en Argelia oriental y muy próximas entre sí. Además contamos con *Rusicade* (Thapsus-Rusicade, junto a cabo, act. Skikda), *Ruspina* (junto al cabo que cierra el golfo de Hammamet, act. Hr Tennir y puerto en Monastir)⁵¹, y *Ruspe* (junto al cabo Rosfa, act. La Laouza). En el mismo programa colonizador parece insertarse la fundación de *RSMLQRT* en Sicilia⁵².

La huella líbica se puede detectar entre los nombres con el prefijo *RS*, así aparecería en el sufijo del nombre de *Rusuccuru* (Camps, *E. B.*: 1981), que aparece en *Kerophaei*, *Coreba* (Desanges, 1962: 100-1) y en el nombre de diferentes tribus, como los *Astakouri* (Libia interior), los *Astakoures* (junto a los *Kinithii* (Ptol. IV, 3, 6; IV, 6, 6), y los *Makhoures*, *Makhourae*.

⁴⁷ Recogidas de las siguientes obras: P. Salama, *Reseau routiere de l'Afrique Romaine*. Gouvernement General de l'Algerie. Service Cartographique. Alger, *s. a.*; M. Fantar, *El Norte de África, Los fenicios* (Ed. S. Moscati), Milan, 1988, p. 182; P. Salama, *Huit siècles de circulation monétaire sur les sites cotiers de Mauretanie centrale et orientale* (IIIe siècle av. J-C. - Ve siècle ap. J-C), *Symposium Numismatic de Barcelona*, Barcelona 1979: 109-146; J. Desanges *Catalogue des tribus africaines de l'Antiquité classique a l'ouest du Nil*. Dakar, 1962; G. Camps, *s. v. Cité*, *E. B.*: 1981.

⁴⁸ Sobre los orígenes de la localidad y su evolución véase en último lugar: López Pardo 1998: 35-52. Su existencia ya en el siglo IV a.C. está perfectamente documentada. Seguramente también en el siglo VI a.C. bajo el rastro helénico del nombre *Metagonion* recogido por Hecateo.

⁴⁹ Su existencia se documenta al menos en el siglo IV a.C. por el hallazgo de monedas greco-sículas y numerario cartaginés (Salama, 1979: 111).

⁵⁰ Del siglo V o antes del final del IV a.C. por el hallazgo de una moneda de oro de Cartago y numerario de bronce (Salama, 1979: 111).

⁵¹ Con materiales desde el siglo IV a.C. al menos (cerámica ática), recogidos en prospección superficial, El-Grigba, a 1, 6 km de Hr Tennir, próximo a Monastir (Kallala, 1991: 531).

⁵² Se trata seguramente del nombre de la fundación cartaginesa en Selinunte, después de su destrucción en el 409 (Tusa, 1988: 204).

En la misma costa oriental argelina se encuentran localidades costeras con la raíz *I-*: *Iar* (entre *Cartena* y *Cartili*); *Ikosim* (Lat. *Icosium*, actual Argel)⁵³; *Iomnium* (actual Tizirt); *Igilgili* (actual Djidjelli).

También en Argelia Oriental se hallan dos sitios más que debieron tener la consideración de verdaderas ciudades a juzgar por el comienzo de su nombre «*Cart-*»: *Cartennas* (actual Tenès) y *Cartili* (actual Damous ¿?) que pudieran ocultar en la segunda parte del nombre alguna deidad.

Aunque se ha buscado en la raíz *I-* el significado fenicio de «isla» (Leveau, *E. B.*: 1699), parece tener una fuerte componente teófora semita a la vez que es objeto de preferencia en el mundo líbico semitizado. Así, creemos que la localidad de IAR, puede relacionarse con el dios Iarta. Según E. Lipinski (1995: 371) el nombre IRTN provisto de la desinencia -n aparece en numerosas inscripciones líbicas y se encuentra en neopúnico con las variantes *Y'rt'n*, *Y'rt'n*, en griego *Iartha*, y en latín *Iarte*, *Irati*, *Iartis*.

IOL, el nombre de la ciudad que más tarde será la capital de Iuba II, parece, según creemos, la traslación tal cual de una deidad semita relacionada con la resurrección. Aparece frecuentemente en inscripciones púnicas, neopúnicas, líbicas y latinas del Norte de África formando parte de nombres teóforos como *Ylgm* o *Y'lgm*. En *Althiburos* y en Gozzo (Malta) aparece el nombre *Y'lp'l* (Iol ha hecho), en *Maktar* se documenta *Y'l'* (Lipinski, 1995: 370). El mismo rastro toponímico referido a deidades se puede seguir en algunos nombres con *RS-*. El nombre de *Rusaddir* tenía seguramente una doble significación, por un lado como el «cabo prominente» y por otro una referencia nada ambigua a la más alta divinidad: *addir* «el todo poderoso». *Rusaddir*, además de ser una referencia topográfica sería una denominación teofóra similar o igual a RSMLQRT, la fundación cartaginesa de Sicilia. La denominación del cabo Tres Forcas como *Séstiaria* por parte de Ptolomeo (4, 1) parece ser una corrupción de *Sesseth arâim* (Hebr.) (los seis altares), como acepta M. Tissot, siguiendo a Movers (1877: 16 n. 1), los cuales estarían situados en los seis salientes rocosos que conforman la punta del cabo.

La idea de una importante componente religiosa púnica nos parece muy sugerente para *Carteia*. E. Lipinski entiende que la aparición de sendos antropónimos teofóros con la denominación *qrt* (ciudad), *Qrtyn* y

⁵³ Hallazgo de un dragma de Atenas (Salama, 1979: 111).

Qrtmsl, que son, respectivamente, el padre y el abuelo de *'bdmlqrt* (servidor de Melqart), le sugiere que sea una abreviación del teónimo *Mlqrt* mencionado en la misma inscripción de Cartago (CIS I, 5987; Lipinski, 1995: 360). Ello parece totalmente acorde con una información de Timóstenes recogida por Estrabón (3, 1, 7) según la cual el oecistes de *Carteia* fue Heracles, en recuerdo del cual la ciudad se llama *Heracleia*. Esta información de Timóstenes ha servido para sugerir esta idea de que en el nombre de la localidad se hace referencia a Melqart (Dietrich, 1936: 16; Bonnet, 1988: 231), tesis que como vemos se hace más firme si tenemos en cuenta la inscripción de Cartago. El nombre de una de las fundaciones púnicas en la costa norteafricana con la base *Qart-*, *Cartili* (actual Damous ¿?) se puede descomponer en *Qart-ili* que parece hacer referencia a *il*, la denominación genérica de dios.

Sobre el origen púnico africano de *Carteia* se puede traer a colación un párrafo de la *Chorographia* de P. Mela que refiere lo siguiente: *Et sinus ultra est in eoque Carteia, ut quidam putant aliquando Tartesos, et quam transvecti ex Africa Phoenices habitant atque unde nos sumus Tingentera* (II, 5, 96; Ediciones idénticas en: Parthey, 1867: 41; Frick, 1880: 49; Ransstrand, 1971: 54; Parroni, 1984: 150).

Se trata de un texto de interpretación difícil desde el punto de vista histórico. En primer lugar la existencia de una tradición helenística que creía ver en *Carteia* la antigua *Tarteso*, recogida puntualmente por Mela, y que tiene su reflejo más o menos alterado en otros autores como Pausanias (6, 19, 3) y Plinio (3, 7), e indirectamente en Estrabón (3, 2, 11), contrasta con el carácter de fundación *ex novo* que muestra el registro arqueológico de la localidad. Pero esta relación entre *Carteia* y *Tarteso* parece proceder de una cierta confusión de nombres referidos tanto a la localidad como al Peñón: *Calpe*, *Calpia*, *Calré polis* (Strab. 3, 1, 7) *Carpia* (Paus. 6, 19, 3), *Carpessos* (App. *Hisp.* 63) (véase, *THA, IIb*: 934).

Pero el problema que nos ocupa atañe al párrafo *et quam transvecti ex Africa Phoenices habitant* (y la cual habitan fenicios traídos de África), que en ocasiones ha sido atribuido a *Tingentera*, y con menor frecuencia a *Carteia*⁵⁴.

⁵⁴ El hecho de que en el año 171 a.C. recibiera el estatuto de colonia de derecho latino, con el nombre de *Colonia Libertinorum Carteia*, integrando a más de 4000 hijos de soldados romanos con mujeres hispanas, además de los antiguos habitantes

La asignación a *Tingentera* no se basa en una lectura más apropiada del texto latino, sino más bien sucede lo contrario, pues según me señala la profesora Isabel Velázquez (UCM) parece más correcta la asignación del párrafo a *Carteia*.

La atribución a *Tingentera* hunde sus raíces en el siglo XIX, cuando, entre otros, J. Tissot (1877: 65), buen conocedor de la literatura antigua referida a Marruecos conecta la información de Mela con un texto de Estrabón (3, 140) que señala que los romanos trasladaron a la población de *Zélis* junto con algunos habitantes de *Tingi* y colonos romanos a la orilla opuesta, donde fundaron la ciudad de *Iulia Iozá*. Así afirma:

«Certains indices historiques d'ailleurs peuvent faire supposer que Zilis était d'origine punique. Nous savons par Strabon que la plupart des colons de Julia Joza venaient de Zilis; si Julia Joza et Tingentera n'étaient qu'une seule et même ville, comme certains auteurs le supposent, cette origine est certaine, car Pomponius Méla affirme que Tingentera, sa ville natale, avait été fondée par des Phéniciens transportés d'Afrique en Espagne»⁵⁵.

En nuestra opinión Mela está oponiendo dos informaciones que le parecen algo contradictorias referidas a *Carteia*, por un lado la creencia de algunos autores helenísticos de que era la antigua Tartesos⁵⁶, cosa que le parece poco probable, pues indica que son sólo algunos los que lo creen, y por otro, una información que le parece fidedigna, en tanto que pudo recogerla en su lugar de origen: Que estaba habitada por fenicios de África. Por el contrario es muy difícil admitir que los habitantes de *Iulia Traducta* o *Iulia Iozá*, si esta es *Tingentera*, se consideraran libio-fenicios o fenicios de África en un momento tan avanzado, pues cuando fueron

de la ciudad que quisieron quedarse (Liv. 43, 3), impide pensar que Mela se pudo referir a estos colonos, sino que indudablemente estaba señalando a la población original de la urbe.

⁵⁵ Seguramente también contribuyó a ello que se aceptara la relación infundada entre *Carteia* y Tarteso, que, evidentemente, no encaja bien con la afirmación de que fue poblada con fenicios traídos de África.

⁵⁶ La aceptación por parte de algunos autores decimonónicos de la validez de esta información ha favorecido el excluir *Carteia* como la receptora de este poblamiento de fenicios africanos.

trasladados por Octavio, entre los años 33 y 25 a.C., *Tingi* tenía el orgullo de ser un municipio de ciudadanos romanos (38 a.C.), beneficios que había recibido como recompensa por la intervención de la ciudad contra el rey Bogud, que era partidario de Antonio (Cass. 48, 45, 3; Gascou, 1974: 67-72). Por lo tanto no es fácil inferir de Mela que se está llamando «fenicios de África» a los tingitanos de *Traducta*, pues ya eran ciudadanos romanos antes y lo seguían siendo después cuando se instalaron en la nueva colonia.

En última instancia, cabe incluso preguntarse si *Tingentera* es realmente *Iulia Traducta*, pues el nombre no ha sido atestiguado en ninguna otra ocasión. Algunos investigadores han mostrado su extrañeza a este respecto, P. Parroni (1984: 15), por ejemplo, las considera localidades diferentes, aunque no parece ir bien encaminado cuando dice que tienen en común la fundación con libiofenicios.

Tingentera, como es bien sabido, sólo es mencionada en la *Chorographia* de Mela, y parece tener relaciones toponímicas con *Tingi*, como se ha señalado frecuentemente. Sin embargo esa vinculación con la ciudad norteafricana parece tener, en nuestra opinión, mayores implicaciones que la de ser un nombre derivado.

Todos los manuscritos conocidos de la *Chorographia* de Pomponio Mela proceden del manuscrito *Vat. Lat. 4929*, de la segunda mitad del siglo IX, sin embargo, durante el renacimiento carolingio debió circular otra copia del códice de Ravenna (s. VI) del que procede también el del Vaticano (Parroni 1984: 55). Hay indicios de ello solamente en la edición de *Vossius*, del siglo XVI, pues en esta aparece un texto sanado (Mela 1, 6) que en el del Vaticano y sus secuelas aparece corrompido (n 19). Por otra parte, muchos de los topónimos que están deteriorados en el códice Vaticano y sus derivados, en la edición de *Vossius* son correctos o más próximos a los nombres considerados actualmente auténticos (véase Ranstrand, 1971: 172-5)⁵⁷. A este respecto, mientras otros manuscritos aportan la lec-

⁵⁷ A este respecto me parece muy significativo que la última localidad mencionada por Mela en su obra aparezca con el nombre absolutamente corrompido de *Gna, colonia et fluvius* en todos los manuscritos y ediciones, salvo en la de *Vossius* (véase Ranstrand, 1971: 217), donde aparece con el nombre de *Zilia*, próximo pero no idéntico a *Zili* (*It. Ant.* 8), *Zelis* (Plin. 5, 3; Ptol. 2, 7) o *Colonia Iulia Constantia Zulil* (*IAM* 2, *IL*, pp. 54-55), y por lo tanto difícilmente se puede considerar una corrección del editor renacentista.

tura de *tingentera tum...* como *tingenteratum*, *tingente ratum*, *tingentae ratum*, *tingentem cum*, *tingentanam*, etc. la lectura de *Vossius* es *tingenteria tum* (Ranstrand, 1971: 173). Cabe sospechar, a falta de pruebas epigráficas que lo diluciden, que el nombre de la localidad no sea *Tingentera* sino *Tingenteria*.

Según el Periplo de Hannón (2) después de haber navegado dos días más allá de las Columnas, fundaron una primera ciudad que llamaron *Thymiatèrion*, a cuyo pie se encontraba una gran llanura. A continuación, siguiendo hacia poniente, llegaron al cabo *Soloeis*, promontorio de *Libya* cubierto de árboles. A partir de allí, y según indicación del Periplo, cambiaron el sentido de la navegación en dirección opuesta. El escenario descrito por el Periplo permite afirmar claramente que *Thymiatèrion*, corresponde a *Tingi* y el cabo *Soloeis* al Spartel, la punta noroccidental de África, que hoy como en el pasado permanece cubierto de árboles. Este promontorio es identificado con esta localización por Heródoto (4, 43), pues lo considera la extremidad occidental de *Libya*, al relatar el periplo de Sataspes.

El Periplo del Pseudo-Escílax (112) vuelve a mencionar *Thymiatèria*, cuya similitud con *Tingenteria* o *Tingentera* no nos parece casual. *Thymiatèria* es muy probablemente la lectura griega del topónimo fenicio o libio-fenicio, produciéndose un fenómeno muy común en la transmisión de topónimos de una cultura a otra. Así, por poner algunos ejemplos de la zona, para los españoles, el uadi Martil, se convierte en Martín, y Beliunes en Bullones.

Sin embargo, el Pseudo-Escílax no parece ubicar la localidad en la costa del Estrecho, sino al sur de *Lixus*. Ahora bien, antecede la ciudad al mismo cabo (*Soloeis*) mencionado por Hannón y Heródoto. Y por añadidura, señala que en la extremidad del promontorio se encuentra un magnífico altar dedicado a Poseidón. Este dato reaparece en Hannón también referido al *Soloeis* (Spartel), el extremo de África. Esta referencia a un altar de Poseidón, sin duda, conviene más a este promontorio que significaba para los navegantes el acceso a las aguas del Océano, que a cualquier otro saliente de la costa africana, no habiendo, por otra parte, ninguno lo suficientemente anguloso como para que fuera percibido como un cambio de dirección de la navegación. Otros datos aportados por el Periplo de Hannón muestran un conocimiento preciso y real del entorno de Tánger. Así, la mención a la llanura que se extiende ante la localidad y los árboles que pueblan el promontorio que coinciden con los bosques

del Yebel Kebir, el macizo rocoso que conforma el cabo Spartel, frente a la imposibilidad de atribuir este dato al cabo Cantín, donde sólo existe la vegetación arbustiva propia de la zona (Tissot, 1877: 109). Hay que señalar, por otra parte, que la construcción de todo el párrafo 112 del Pseudo-Escílax se realizó con informaciones de muy diversas procedencias, apreciándose las dificultades del autor y sus no pocas confusiones a la hora de establecer la secuencia de lugares geográficos. Nos parece seguro que el Pseudo-Escílax hace coincidir este *Soloeis*, y por ello desplaza *Thymiatéria*, con otro promontorio de igual nombre que se ha identificado con el cabo Catín (Ptol. 4, 6, 5)⁵⁸. El fenómeno no es nada extraño pues *Soloeis* es un nombre fenicio común para designar cualquier saliente rocoso, pues su significado es precisamente ese: «peñón» o «saliente rocoso». *Soloeis* es el nombre semita de una localidad de Sicilia junto a un pequeño cabo, no lejos de *Panormos* (act. Palermo). También la localidad de *Sala* (Rabat, desembocadura del Bou Regreb), tiene que ver con el mismo significado.

Estas consideraciones nos permiten apuntar varias cuestiones. En primer lugar, que seguramente *Tingi* era conocida también con el nombre de *Tingenteria* o *Tingentera*, lo cual justifica la denominación aportada tanto por el Periplo de Hannón y del Pseudo-Escílax. El nombre de *Tingè*, tiene resonancias míticas en relación con uno de los trabajos de Heracles (Plut. *Sertorius*, 13). El mito localiza en Tánger la victoria del héroe sobre Anteo, quedando viuda *Tingè* que tuvo de sus relaciones con Heracles un hijo, llamado Sophax, origen de la dinastía local. *Tingenteria* puede ser lo mismo que *Tingè* de la misma manera que *Astarté* es *Astéria* en la elaboración del mito de la muerte del Heracles tirio (Melqart) en *Libya* (Atheneo, 9, 392D). También que la localidad de donde era originario Mela, fue denominada así en relación con el nombre de la heroína africana, una vez que cayó en desuso para *Tingi*. Quizás no fuera más que un segundo nombre, no oficial, de *Traducta*, toda vez que con él se podían sentir identificados los zililenses y tingitanos que habitaron la nueva fundación y para soslayar la falta de tradición que su nuevo nombre reflejaba, en contraste con la acrisolada elaboración del pasado mítico que sus ancestros diseñaron.

⁵⁸ El Pseudo-Escílax no menciona *Tingi*.

BIBLIOGRAFÍA

- ARTEAGA, O. (2001): La «polis» malacitana. Una aproximación desde la economía política, las relaciones interétnicas y la política económica referida al intercambio comercial. *II Congreso de Historia Antigua de Málaga*, Málaga.
- AUBET, M. E. (1986): La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, *Cuevas de Almanzora 1984*, Sevilla: 612-624.
- AUBET, M. E. (1988): España. *Los fenicios* (Ed. S. Moscati), Milan: 226-242.
- AUBET, M. E. (1999): La secuencia arqueo-ecológica del Cerro el Villar, en *La cerámica fenicia en occidente. Centros de producción y áreas de comercio*: 69-88.
- AUBET, M. E. (2000): Mainake, la primera Malaka, en *Tuvixeddu, la necropoli occidentale di Carrales*, Cagliari: 27-42.
- AUBET, M. E., MAASS-LINDEMANN, G., MARTÍN RUIZ, J. A. (1995): La necrópolis fenicia de Montáñez (Guadalhorce, Málaga), *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, I, 217-238.
- BARCELÓ, P. (1988): *Carthago und die Ibersiche Halbinsel von der Barkiden*. Bonn.
- BELÉN, M. ET ALII (2001): Materiales de época fenicia de las excavaciones de Tarradell conservados en el museo de Tetuán, en Aranegui, C. (ed.) (2001): *Lixus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Anotaciones sobre su ocupación medieval*, Valencia: 83-105.
- BOKBOT, Y., ONRUBIA, J. (1992): La basse vallée d l'oued Loukkos à la fin des temps préhistoriques. *Lixus, Actes du colloque. Larache nov. 1989*, Roma: 17-26.
- BOKBOT, Y. ONRUBIA, J. (1995): Substrat autochtone et colonisation phénicienne au Maroc. *VI Colloque International sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord. Pau, Oct. 1993*, Paris, 995: 219-231.
- BRAVO JIMÉNEZ, S. (1991-1992): Un nuevo asentamiento fenopúnico en la costa malagueña. *Mainake*, 13-14: 79-88
- CAMPS, G.: s. v. *Dasibari*, *Enciclopedia Berbère*: 2234.
- CAMPS, G.: s. v. *Cité*, *Enciclopedia Berbère*: 1983.
- COSTA RIBAS, B., FERNÁNDEZ GÓMEZ, J. H., GÓMEZ BELLARD, C. (1991): Ibiza fenicia: la primera fase de la colonización de la isla (siglos VII y VI a.C.). *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma: 759-795.

- CULICAN, W. (1982): The Repertoire of Phoenician Pottery, *Phonizier in Westen. Köln, april. 1979*, Mainz: 71-73.
- DELGADO A., FERNÁNDEZ, A. Y RUIZ A (2000): Las transformaciones del siglo VI a. n. e. en Andalucía: una visión desde las relaciones entre fenicios e indígenas, en *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, volumen IV, Cádiz: 1781-1788.
- DESANGES, J.: s. v. *Dara ou Darat*, *Encyclopedie Berbère*: 229-2230.
- DESANGES, J. (1962): *Catalogue des tribus africaines de l'Antiquité classique a l'ouest du Nil*. Dakar.
- DIETRICH, A. (1936): *Phönizische Ortsnamen in Spanien*. Leipzig, Reimpr. Liechtenstein, 1966.
- DI VITA-EVRARD, G. (1991): Gasr Duib: cosntruit ou reconstruit sous les Philippines, *IV Colloque International d'histoire et d'archéologie de l'Afrique du Nord, Strasbourg, 1988*, Paris: 426-444.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1995): Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus pervivencias, *Gerion*, 13: 223-239.
- EFRÉN, L., SUÁREZ, J., MAYORGA, J. (1997): Un poblado indígena del siglo VIII a.C. en la bahía de Málaga. La intervención de urgencia en la plaza de San Pablo, en Aubet, M. E. (coord.): *Los fenicios en Málaga*, Málaga: 215-251.
- FRICK, C. (1880): *Pomponii Melae, De Chorographia, Libri tres*, Stuttgart (reed. 1968).
- FUENTES ESTAÑOL, M. J. (1980): *Vocabulario fenicio*, Barcelona.
- GALAND, L. (1989): T(h) in Libyan and Canarian Places-Names, *Almogaren*, XX, 1: 36-7.
- GANGUTIA ELÍCEGUI, E. (1998): *T. H. A, Ila*, Madrid.
- GARCÍA ALFONSO ET ALII (1997): Los Castillejos de Teba (Málaga). Campaña de urgencia de 1993, *Anuario de Arqueología Andaluza*: 545-551.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1947): *La España del siglo primero de nuestra era (según p. Mela y C. Plinio)*, Madrid.
- GASCOU, J. (1974): Note sur l'évolution du statut juridique de Tanger entre 38 avant J.-C. et le règne de Claude, *Ant. Afr.* 8: 67-72.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1995): Baléares, en *La Civilisation Phénicienne et Punique. Manuel de Recherche*, V. Krings (ed.). Leiden.
- GÓMEZ BELLARD, y HABIBI (2001): Cerámicas a mano, en Aranegui, C. (ed.): *Lixus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Anotaciones sobre su ocupación medieval*, Valencia: 77-82.

- KALLALA, N. (1991): La localisation du site de Ruspina d'après une prospection récente dans la presqu'île de Monastir, *IV Colloque International d'histoire et d'archéologie de l'Afrique du Nord, Strasbourg, 1988*, Paris: 525-533.
- KBIRI, M. (2000): A propos de la chronologie de la nécropole rurale d'Aïn Dalia Lekbira (région de Tanger, Maroc), *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Cádiz, 1998*, Cádiz: 1185-1196
- KOCH, M. (2000): Karthago und Hispanien in vorbarkidischer zeit, *Madriider Mitteilungen*, 41: 162-177.
- LAPORTE, J-P.: s. u. *Dellys* (antique Rusuccuru, médiévale Tedelles), *Enciclopedia Berbère*: 2255-2261.
- LEVEAU, PH.: s. u. *Caesarea Mauretaniae (Iol)*, *Enciclopedia Berbère*: 1698-1706.
- LIPINSKI, E. (1984): Vestiges phéniciens d'Andalousie, *Orientalia Lovaniensia Periódica*, 15: 81-132.
- LIPINSKI, E. (1992): L'aménagement des villes dans la terminologie phénico-punique, *L'Africa Romana*, X, Oristano: 121-133;
- LIPINSKI, E. (1995): *Dieux et déesses de l'univers phénicien et punique. Studia Phoenicia*, 14, Leuven.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1990): *La integración de las ciudades fenicias del Sur de la Península Ibérica en el estado romano. La disolución de la formación social fenicia occidental*. Tesis doctoral microfichada. Universidad de Granada.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1991): Cartago y la Península Ibérica: ¿Imperialismo o hegemonía?, *Actas de las V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica de Ibiza: «La caída de Tiro y el auge de Cartago», Ibiza 1990. Ibiza (=Trabajos del Museo de Ibiza, 25)*: 73-84.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1991a): El imperialismo cartaginés y las ciudades fenicias de la Península Ibérica entre los siglos VI-III a.C., *Studi di Egittologia e Antichità Puniche*, 9: 87-107.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1992): Los libiofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el sur de la Península Ibérica, *R. S. F.*, 20: 47-65.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1994): Cartago y la Península Ibérica en la historiografía española reciente (1980-1992), *Hispania Antiqua*, 18: 519-532.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1995): *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania Romana*, Barcelona.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2001): Las ciudades fenicias occidentales y Cartago (c. 650-348 a.C.), *Os púnicos no extremo occidente*, Lisboa: 57-68.

- LÓPEZ PARDO, F. (1990): Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica, *Archivo Español de Arqueología*, 63: 7-41.
- LÓPEZ PARDO, F. (1991): El Periplo de Hannón y la expansión cartaginesa en el Africa Occidental. *V Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica (= Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza, n.º 25)*: 59-70.
- LÓPEZ PARDO, F. (1991a): Reflexiones sobre el origen de Lixus y su *Delubrum Herculis* en el contexto de la empresa comercial fenicia. *Lixus*, Roma: 85-101.
- LÓPEZ PARDO, F. (1996): Informe preliminar sobre el estudio del material cerámico de la factoría fenicia de Essaouira (antigua Mogador), *Complutum*, Extra 6 (I): 359-367.
- LÓPEZ PARDO, F. (1996a): Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del modelo de las escalas náuticas al de colonización con implicaciones productivas», *Gerión* 14: 251-288.
- LÓPEZ PARDO, F. (1998): Rusaddir: de la memoria literaria a la realidad histórica de la expansión fenicio-púnica en Occidente, *Aldaba*: 35-52.
- LÓPEZ PARDO, F. (1999): Tímeo, *FGH* 566, F 164. *La Península Ibérica prerromana de Éforo a Eustacio*. J. Mangas-D. Plácido (eds.). Madrid: 499-503.
- LÓPEZ PARDO, F. (2000): *El empeño de Heracles (La exploración del Atlántico en la Antigüedad)*, Madrid: 61-82.
- LÓPEZ PARDO (2000a): De los mercados invisibles (comercio silencioso) a las factorías-fortaleza púnicas en la costa atlántica africana, *I Congreso Internacional del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos: Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*. Madrid, 1998, Badajoz: 215-229.
- MANFREDI, L. I. (2000): Antichità puniche nel golfo di Oristano. *R. S. F.* 28, 2: 135-138.
- MANSEL, K. (1998): Handgemachte Keramik der Siedlungsschichte des 8. und 7. Jahrhunderts V. Chr. Aus Cartago en Vorbericht, en F. Rakob, *Carthago, Band III*, Mainz: 220-239.
- MANSEL, K. (2000): Consideraciones sobre la importancia de los productos indígenas en Cartago durante los siglos VIII y VII a.C. A propósito de la cerámica decorada a mano, en *Fenicios y Territorio, Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios, Guardamar del Segura, abril, 1999*: 169-187.
- MARTÍN CÓRDOBA, E. (1993-1994): Aportación a la documentación arqueológica del Cerro de Capellanía (Periana, Málaga) a los inicios del primer milenio a.C. en la provincia de Málaga, *Mainake*, 13-14: 5-35.

- MARTÍN RUIZ, J. A. (1995): *Catálogo documental de los fenicios en Andalucía*. Junta de Andalucía, Consejería de Cultura.
- MARTÍN RUIZ, J. M. (1995-1996): Indicadores arqueológicos de la presencia indígena en las comunidades fenicias de Andalucía, *Mainake*, XVII-XVIII.
- MARTÍN RUIZ, J. A. (1997-8): Broches de cinturón tartésicos procedentes del Cerro del Aljibe (Coín, Málaga), *Mainake*, XIX-XX: 241-246.
- MARTÍN RUIZ, J. A. (1999): El poblamiento fenicio en el litoral occidental de Málaga: problemática actual y líneas de investigación, *Cilniana*, 13: 33-39.
- MARTÍN RUIZ, J. A. y GARCÍA CARRETERO, J. R. (1997-8): Las cerámicas griegas procedentes del Cerro del Castillo (Fuengirola, Málaga), *Mainake*, XIX-XX: 71-87.
- MARTÍN RUIZ, J. M. (2000): Cerámicas a mano en los yacimientos fenicios de Andalucía», *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, volumen IV, Cádiz: 1625-1630.
- MELTZER, O. (1879): *Geschichte der Karthage. I*. Berlin.
- MOLINA FAJARDO, F. y BANNOUR, A. (2000): Almuñecar a la luz de los nuevos hallazgos fenicios, en *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, volumen IV: 1645-1663.
- MOSCATI, S., BARTOLONI, P., BONDI, S. F. (1997): *La penetrazione fenicia e punica in Sardegna*. Roma.
- NIEMEYER, H. G. (1979-1980): A la búsqueda de Mainake: el conflicto entre los testimonios arqueológicos y escritos, *Habis*, 10-11: 279-302.
- NIEMEYER, H. G. (1980): Auf der suche nach Mainake: der Konflikt zwischen literarischer und archäologischer Überlieferung, *Historia*, 29: 165-185.
- PARRONI, P. (1984): *Pomponii Melae, De Chorographia, Libri tres*, Roma.
- PARTHEY, G. (1867): *Pomponii Melae, De Chorographia, Libri tres*, Graz.
- PEYRAS, J. (1991): L'Armée romaine et le tell tunisien, *IV Colloque International d'histoire et d'archéologie de l'Afrique du Nord, Strasbourg, 1988*, Paris: 313-327.
- PONSICH, M. (1967): *Nécropoles phéniciennes de la région de Tanger*. Tanger.
- PONSICH, M. (1981): *Lixus. Le quartier des temples*. Rabat.
- RAMÓN TORRES, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*, Barcelona.

- RAMOS SAINZ, M. L. (2000): Los ritos de incineración e inhumación en las necrópolis hispanas (ss. VIII-II a.C.), en *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, volumen IV, Cádiz: 1693-1698.
- RANSTRAND, G. (1971): *Pomponii Melae, De Chorographia, Libri tres*, Göteborg.
- REBUFFAT, R.: *s. u. Emporia, Enciclopedia Berbère*: 2621-2627.
- RODRÍGUEZ OLIVA, P. (1981): Municipium Suelitanum: 1.^a parte: fuentes literarias y hallazgos epigráficos y numismáticos, en *Arqueología de Andalucía Oriental: siete estudios*, Málaga: 49-66.
- RUIZ MATA, D. (1989): El período cartaginés de la colonización púnica», en VV. AA. *Historia de España. 2. Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a.C.)*. Ed. Gredos, Madrid: 109-135.
- RUIZ MATA, D. (1995): Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico, *Tartessos 25 años después, Jerez de la Frontera*: 265-313.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. Y MOLINOS, M. (1986): «Fronteras: un caso del siglo VI a.C. a.n.e.» en *Fronteras. Arqueología espacial* 13, Teruel: 130-145.
- SALAMA, P. (s.a.): *Reseau routiere de l'Afrique Romaine*. Gouvernement General de l'Algerie. Service Cartographique. Alger.
- SALAMA, P. (1979): Huit siècles de circulation monétaire sur les sites cotiers de Mauretanie centrale et orientale (III^e siècle av. J-C.- Ve siècle ap. J-C), *Symposium Numismatic de Barcelona*, Barcelona: 109-146.
- SÁNCHEZ BANDERA, P., *ET ALII* (1999): Río Real. Acerca de un yacimiento arqueológico en la Costa de Marbella, *Cilniana*, 12: 52-55.
- SCHULTEN, A. (1928): The Carthaginians in Spain. *Cambridge Ancient History*, vol. VII: 769-772.
- SCHULTEN, A. (1945): *Tartessos*, 2.^a ed., Madrid.
- SOLÁ SOLÉ, J. M. (1960): Toponimia fenicio-púnica. *Enciclopedia Lingüística Hispana*, M. Alvar *et alii* eds., Madrid: 495-499.
- SZNYCER, M. (1992): La vie Maritime dans le monde phénico-punique, *Actes du Ve colloque International sur l'Histoire et l'Archéologie de l'Afrique du Nord, Avignon, 1990*, Paris: 267-275.
- TARRADELL, M. (1960): *Marruecos púnico*, Tetuán.

- TESTIMONIA HISPANIAE ANTIQUA, Ila. *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*, Mangas, J.; Plácido, D. (eds.). Madrid, 1998.
- TESTIMONIA HISPANIAE ANTIQUA, I Ib. *La Península Ibérica prerromana de Éforo a Eustacio*. Mangas, J.- Plácido, D. (eds.), Madrid, 1999.
- TISSOT, M. (1877): *Recherches sur la géographie comparée de la Maurétanie Tingitane*. Paris.
- TOVAR, A. (1974): *Iberische Landserskunde I: Baetica*, Baden-Baden.
- TUSA V. (1988): Sicilia, *Los fenicios* (Ed. S. Moscati), Milan: 186-205.
- UNTERMAN, J. (1984): La lengua ibérica. *La cultura ibérica. Homenaje D. Fletcher Valls*, Valencia: 249-272.
- VANOTTI, G. (2000): La Libye nelle Storie di Filisto, *L'África Romana*, 13, vol. I: 189-199.
- VILLAR, F. (2000): *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca.
- WAGNER, C. G. (1983): *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid.
- WAGNER, C. G. (1984): El comercio púnico en el Mediterráneo a la luz de una nueva interpretación de los tratados concluidos entre Cartago y Roma, *Memorias de Historia Antigua*, 6: 215-218.
- WAGNER, C. G. (1984a): Cartago y Occidente. Una revisión crítica de la evidencia literaria y arqueológica, *In memoriam Agustín Díaz Toledo*, Almería: 437-460.
- WAGNER, C. G. (1989): The Carthaginians in Ancient Spain: From Administrative Trade to Territorial Annexation, *Studia Phoenicia*, 10: 145-156.
- WAGNER, C. G. (2000): *Cartago. Una ciudad. Dos leyendas*, Madrid.
- WARNING-TREUMANN, B. (1980): Mainake - originally a Phoenician Place-Name?, *Historia*, 29: 186-9.
- WHITTAKER, C. R. (1978): Carthaginian Imperialism in the 5th and 4th Centuries, P.D.A. Garnsey - C. R. Whittaker (eds.) *Imperialism in the Ancient World*: 58-90.